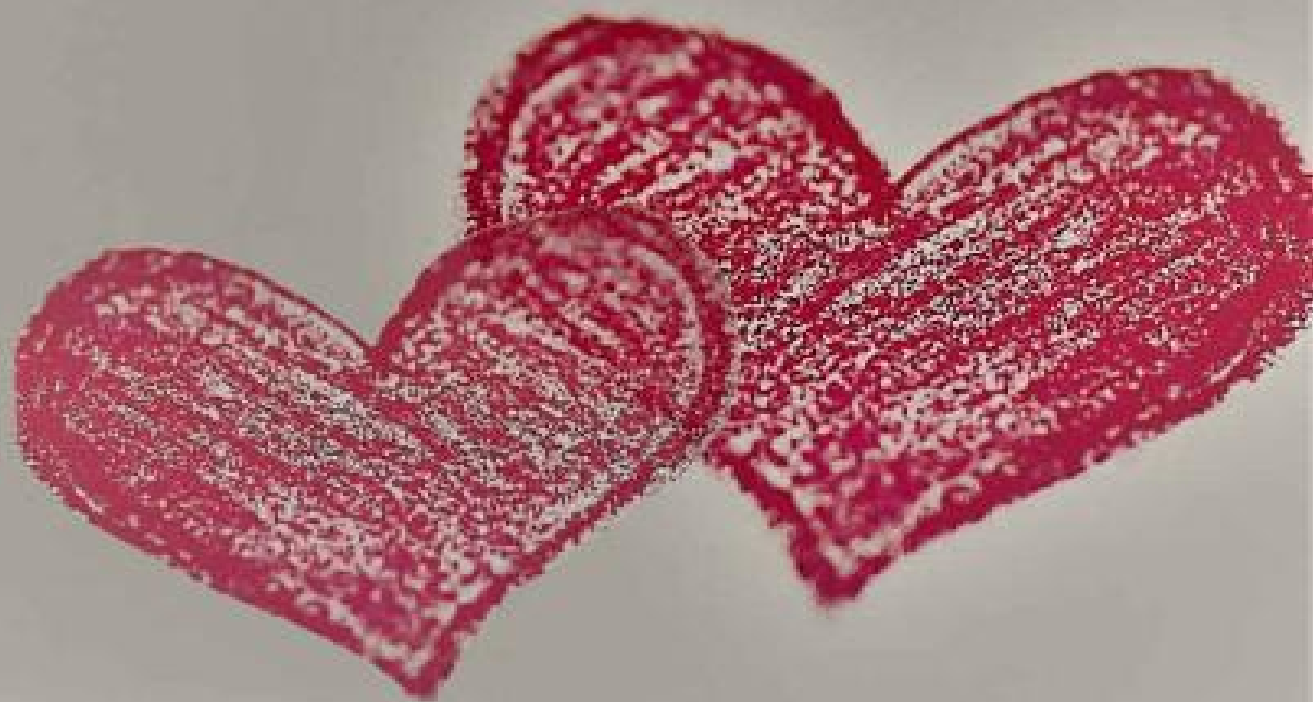


Déjame

cuidarte



María Beatobe



“Déjame cuidarte”

María Beatobe

Obra registrada en SafeCreative
Editada por la Asociación de escritores de romántica

Capítulo 1

Aquella tarde el cielo estaba cerrado, estaba claro que en nada comenzaría a llover. Desde la ventana de mi apartamento, miraba la calle y las gotas resbalar por el cristal mientras me relajaba ver cómo escurrían despacio por la ventana.

Me giré, suspiré y miré a mi alrededor: un montón de cajas apiladas en el centro del comedor, mis últimos cuadros pintados y un caballete. El resto, vacío. Ni cortinas ni muebles, nada. Solo el silencio como compañero de piso.

Estaba claro que no podía seguir viviendo en esa casa, los recuerdos que la estancia me evocaba, hacían que pasar los días allí fuera cada vez más complicado.

Por eso debía marcharme. Suerte que Tina, mi mejor amiga, me había cedido una habitación en su piso y así, mientras ella viajaba a Londres una temporada, podría seguir pagando el alquiler y no tendría que dejar el piso.

Necesitaba cambiar de entorno, ya no era una opción, se había convertido en una necesidad. Mi salud empezaba a depender de marcharme o permanecer allí.

Tina, mi amiga, había conseguido que unos compañeros suyos

vinieran a mi casa con una furgoneta y así ayudarme con la mudanza. Habíamos quedado a las cinco y aún faltaba media hora para que llegaran, así que me senté en el suelo, mirando hacia los cuadros que había pintado, que estaban apoyados en las paredes blancas del piso.

Entre ellos había uno muy especial para mí, demasiado, diría yo, lo había pintado mi madre como hacía seis años. Mostraba una figura desnuda de mujer, de perfil, difuminada entre tonalidades azules, naranjas y amarillas.

En una exposición que hice lo puse en venta por petición de mi madre, pero cuando un señor vino dispuesto a comprarlo dinero en mano, me di cuenta de que no quería deshacerme de él. Se lo expliqué lo mejor que pude, sintiéndome avergonzada por aquel retroceso en mi decisión y aquel señor lo entendió, no sin antes aconsejarme que la próxima vez me lo pensara antes de exponerlo.

Desde ese día, ese cuadro no sale de mi casa a ninguna otra exposición.

La media hora pasó muy rápido y a las cinco en punto, sonó el timbre del telefonillo, haciendo que su sonido me sobresaltara y que saliera de forma abrupta de mis pensamientos.

Venían dos chicos que, muy amablemente, me ayudaron a cargar las cajas que tenía. No es que fueran demasiadas, pero en mi coche no entraban, ya que mi Ford Fiesta no daba para más. Había conseguido que mis abuelos distribuyeran los muebles grandes en la casa del pueblo, y así yo no tuviera

que tirarlos, regalarlos o venderlos.

Y menos mal, me habría costado mucho desprenderme de ellos.

En un solo viaje, llevamos todos los bultos hasta casa de Tina. Esa noche cenaríamos juntas en su casa, y así nos despediríamos, ya que ella marchaba al día siguiente por la mañana rumbo a Londres.

Capítulo 2

Cuando descargamos mi mudanza en el piso, invité a los chicos, que tanto me habían ayudado, a tomar algo, pero declinaron mi invitación muy amablemente y me dijeron que otro día mejor, que me quedaba aún mucho trabajo y ellos tenían prisa.

Así que, un poco extrañada, les di las gracias por todo y les acompañé hasta la puerta.

Tina llegaría un poquito más tarde, por lo que me dirigí a la que sería mi habitación y empecé a desembalar mi ropa para guardarla en el armario. Yo no era una chica a la que le gustara especialmente la moda. Me gustaba ir cómoda, sencilla y no precisamente con grandes marcas. Me encantaban los mercadillos, todo lo hecho a mano y prefería pagar a un artesano un vestido, antes que a una gran multinacional.

Los fines de semana solía trabajar en una discoteca del centro de Madrid, donde vivía, para ganarme la vida, porque por desgracia la venta de cuadros no me daba para tener un sueldo fijo todos los meses. Siempre había sido una chica bastante previsora y tenía unos ahorros que me dejaban llegar a fin de mes sin demasiados agobios. Aunque lo que tenía guardado no duraría para siempre, así que tenía que empezar a ponerme las pilas.

La habitación no era muy grande. Según entrabas, a la izquierda quedaba una cama de matrimonio con una colcha floreada a juego con las cortinas. No es que la decoración me gustara mucho, pero esto era temporal y de momento estaría bien para empezar. Las paredes eran blancas y sobre ellas no colgaba ningún cuadro ni una foto, estaban vírgenes. Un armario empotrado a mano derecha, con las puertas correderas marrones, hacía juego con un pequeño escritorio.

Empecé a colocar la ropa tranquilamente en ese ropero que, nada más abrirlo, emanó un fuerte olor a naftalina. Estaba emocionada por respirar otro aire, otro entorno y de compartir piso con Tina cuando volviera de su viaje. Mientras ella estuviera ausente, viviría aquí sola, pero ya estaba acostumbrada, así que tampoco me suponía un problema, al contrario.

Cuando llevaba colocada casi la mitad de mi ropa, escuché que alguien abría la puerta de casa.

—¡Compañera! —escuché a Tina desde la entrada.

Automáticamente, una sonrisa iluminó mi cara, ya había llegado. Corrí al salón y allí estaba ella, tan mona como siempre. Mientras que yo pasaba de las modas, ella era una esclava de ellas, y se sentía orgullosa. Cuando por falta de dinero no podía comprarse el último bolso o la última falda de moda, se encargaba de customizar sus prendas para que se parecieran a ellas.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo dándome un gran abrazo.

—Gracias, mi rubia —le respondí de la misma manera.

—¿Qué tal se han portado César y Carlos con tu mudanza? — preguntó sentándose en el sofá y encendiéndose un cigarro mientras me ofrecía otro.

—¡Muy bien! Demasiado bien, diría yo —respondí aceptando el cigarrillo—. Pero no me han dejado ni invitarles a nada, ¡han salido de aquí despavoridos!

—Ja, ja, ja, si es que les dije que no se entretuvieran, que tenías muchas cosas que hacer. —Exhaló el humo.

—¡Pero qué bruja eres! Los pobres me hacen la mudanza y ¿tú les dices que se vayan nada más acabar? —Le tiré un cojín.

—Bueno, digamos que me debían un favor.

Arqué las cejas mientras exhalaba el humo del tabaco con media sonrisa.

—No te habrás acostado con ellos... —dije.

—Con los dos. Pero no digas nada, que entre ellos no lo saben...

Tina tenía esa genial habilidad de sorprenderme siempre con algo nuevo y contármelo como si no tuviera importancia. Tina venía de Cristina, pero siempre en su familia la llamaban Tina, y yo también. Nos conocimos

en el instituto y desde entonces nos volvimos inseparables. Ella era jovial, alegre, optimista y muy vital. Con sus ojos azules, era capaz de transmitir su alegría y su pelo rubio oscuro los enmarcaba de maravilla.

Las dos teníamos treinta años, habíamos entrado en la treintena con una gran celebración y posterior resaca, evidentemente. Cumplíamos años con solo quince días de diferencia y desde que nos conocíamos lo habíamos celebrado juntas.

Tina me ayudó a colocar algunas de mis cosas, y después llamamos a una pizzería del barrio para que nos trajera la cena y brindamos con unas cervezas por la nueva etapa que ambas comenzábamos.

Ella viajaba, en principio, para aprender el idioma, pero no descartaba quedarse allí más tiempo si la ciudad le gustaba y encajaba en sus planes de futuro.

Ella trabajaba aquí en una multinacional, con un cargo bastante bueno y la empresa le había ofrecido formación y la posibilidad de quedarse allí trabajando en otra sede. Así que, ya que no tenía pareja ni hijos, decidió marchar sin ponerse fecha de vuelta.

—¿Y qué proyectos tienes ahora? —me preguntó Tina tirada en el sofá con la tercera cerveza en la mano.

—Pues tengo cositas. Alguna galería de arte para exponer, un par de artículos en dos publicaciones sobre arte...

—¿Remuneradas?

—Sí, de algo tenía que valer haber ganado el Premio Villa de Arte. Pero sin duda, mi sueño es poder exponer en la galería El Soho de Madrid. Actualmente es la sala de exposición mejor valorada de la península. Si consigues exponer ahí, ya tienes medio camino hecho en tu carrera —dije exhalando el humo del cigarro hacia arriba.

—Ya verás cómo lo consigues... Eres muy buena.

—Ojalá.

Después de una amena conversación, risas, cervezas y tabaco, nos fuimos a dormir. Eran sobre las dos de la madrugada, y nos acostamos satisfechas de nuestra última noche juntas antes de su marcha a Londres.

Capítulo 3

Me levanté por la mañana temprano para llevar a Tina al aeropuerto, su vuelo salía a las nueve de la mañana y debíamos estar allí, como mínimo, una hora y media antes. Llevaba un montón de equipaje y tuvimos que coger un carro de esos antes de facturar. Fuimos a desayunar a una de las cafeterías del aeropuerto y cuando estábamos en mitad de la conversación, vi como Tina se sacaba de la mochila una pequeña bolsa blanca con mariposas rosas.

—Esto es para ti —dijo tendiéndomelo.

—¿Y esto?

—Es un regalito que te quiero hacer antes de irme, para que te acuerdes de mí en esas noches que te hacen sufrir tanto.

Se me cambió el gesto. Odiaba esas noches de tantas pesadillas y malos recuerdos que tan a menudo tenía. Eran noches verdaderamente agónicas en las que siempre soñaba lo mismo.

—Pero Tina, no tenías que...

—Shh... Ábrelo y no digas nada.

Lo saqué de la bolsa con mucho cuidado y vi un pequeño paquete envuelto en papel rojo vino. Lo abrí con curiosidad y descubrí un pequeño colgante precioso. De la cadena colgaba una plaquita redonda muy pequeña

donde había grabadas unas iniciales que ponían NSEC. Miré a mi amiga sorprendida y algo aturdida, no sabía lo que significaban, aunque solo el detalle ya era suficiente.

—¿Qué significan las iniciales? —pregunté sin dejar de acariciar la placa.

—«No sufras, estoy contigo». Para que en una de esas noches que tienes tan a menudo, te agarres a ella y sientas que no estás sola.

Inmediatamente me levanté hacia ella y la abracé, solo ella conocía mi pasado y únicamente ella entendía por lo que yo había atravesado. Le pedí que me lo pusiera y prometí que jamás me lo quitaría.

El avión salió puntual y yo me dirigí directamente a la que sería mi nueva casa, dispuesta a colocar las cajas y todo lo que había llevado, aunque tampoco era mucho. Cuando llegué, recogí las latas de cerveza de la noche anterior, las cajas de pizza, los ceniceros... y después fui a mi habitación. Tina me había cedido el espacio de su cuarto para dejar todos mis cuadros, porque el mío no era muy amplio.

Y allí dejé el cuadro que había pintado mi madre años atrás y que tanto significaba para mí, apoyado en la pared que quedaba frente a la puerta de la habitación de Tina, situada al final del pasillo. Lo dejé colocado de tal manera que, las veces que pasara por allí, viese de fondo siempre la pintura.

Pasé el día colocando cosas y descansando en el sofá un rato, leyendo

revistas relacionadas con arte... Tenía que buscar una galería para exponer mis últimos trabajos y no era tarea fácil. Sin duda, la galería El Soho era la que, si algún día conseguía exponer allí, me daría la oportunidad de mi vida y abriría la puerta para acceder a escalones más altos. Pero era imposible, tenían ya contratadas exposiciones para mucho tiempo y además, allí no podía exponer cualquiera.

Por la noche, me puse cómoda, hacía calor y me quedé en braguitas y con una camiseta de los Lakers larga. Encendí la televisión y después de cenar, me cogí una copita de vino y un cigarrito para celebrar mi primera noche sola en mi nueva casa. Eran casi las doce de la noche, y acababa de ojear medio dormida una revista, cuando alguien metió la llave en la cerradura y despacio abrió la puerta de casa.

Di un respingo y me puse tras el sofá, asomando media cabeza muy asustada. El corazón me iba a mil por hora. ¡¿Quién más tenía llave del piso?! Me puse nerviosísima. De pronto, vi entrar a un chico vestido de traje, con la corbata medio deshecha y una maleta de ruedas tras él, mientras despistado miraba el móvil.

—¡¿Tú quién eres?! ¡Fuera de aquí o llamaré a la policía! —grité parapetada por el sillón y amenazándole con el mando de la televisión.

Al desconocido, sobresaltado, se le cayó el teléfono al suelo y me miró sorprendió.

—¡Eh, tranquila, niña! ¡Tú eres la que me tienes que decir quién eres y qué haces en casa de mi hermana! —dijo levantando las manos. En ese momento, arqueé las cejas asombrada.

—¿Eres el hermano de Tina?

—Pues claro que lo soy —respondió enfadado mientras cogía el móvil del suelo—. Joder, qué susto me has dado. ¿Y tú quién eres, si se puede saber?

—Con esos modales no te digo ni la hora.

—Si crees que me puedes matar con el mando de la tele, es que tienes mucha confianza en ti, niña —vaciló con media sonrisa, pero aún algo enfadado.

—No me llames niña —refunfuñé.

—¿No lo eres? Con esa reacción, permíteme que no te considere muy adulta.

Mientras discutíamos, se acercó hacia el sillón para dejar sus cosas y supongo que para sentarse.

—¿Dónde vas? ¡No te acerques! —dije volviendo a *amenazarle* con el mando a distancia.

—¿Perdona? Estoy en casa de mi hermana y me voy a sentar donde me dé la gana. Además, acabo de llegar de un vuelo muy largo y estoy

agotado, así que déjate de tonterías.

—¡Que no te acerques! —repetí enfadada—. Estoy en ropa interior — dije por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó sonriendo.

—¡Que estoy en bragas! —respondí acalorada.

—Andaaaaaaa... joder, qué buen recibimiento, ¿no? —dijo con sorna sentándose en el sillón extendiendo y apoyando sus brazos en el respaldo. Yo me alargaba la camisa tanto que casi la rompo, para que no me viera la ropa interior.

—¡Gírate! Que voy a mi habitación a por algo para ponerme —dije con el ceño fruncido.

—Estas de coña, ¿no, niña? ¿En serio me estás pidiendo que no te mire las bragas? ¿Pero acaso crees que me gustaría verlas? Anda, tira para la habitación y no seas tan creída —respondió desabrochándose el botón de arriba de la camisa.

Bufé y me levanté corriendo tapándome como podía y según pasé por su lado, esbozó una media sonrisa. Cuando llegué a mi habitación, le escuché decir:

—Blancas y de encaje, ¿eh? Me gustan... ¡Ah! Y la próxima vez, ponte un sujetador también.

«¡Será...!».—Me pasaban una cantidad de improperios por la mente, que me daba hasta vergüenza repetirlos en voz alta. Habíamos empezado con muy mal pie. Muy mal pie. Me puse unos pantalones cortos y un sujetador rápidamente y, con un cabreo increíble, salí hecha un obelisco y me fui a por él.

—A ver, listo. Que seas el hermano de mi mejor amiga, no te da derecho a ser un maleducado conmigo, ¿vale? Y no sé qué haces aquí, porque Tina no me había dicho nada de que fueras a venir —dije de pie frente a él, que seguía sentado y mirándome con una sonrisa descarada y reconozco que muy sexi.

Se levantó despacio y se puso frente a mí a muy pocos centímetros. Era más alto que yo y en ese momento me di cuenta de que muy guapo también. Era castaño, ojos marrones y por cómo le quedaba la camisa, debajo de ella debía de haber un cuerpo bastante trabajado, pero sin ser exagerado. Tragué saliva.

—Mira, bonita —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

—Marta, me llamo Marta, no bonita —refunfuñé.

—Bueno, algo hemos avanzado, te llamas Marta. Pues mira, Marta, yo siempre aparezco en casa de mi hermana sin avisar, de ahí que tenga llaves del piso. La ayudo a pagar el alquiler cuando vengo unos días por aquí —cada vez se acercaba más a mí, pero yo aguantaba el tipo—. Así que, si no

la aviso a ella, imagínate a ti, que ni sabía que estabas. De manera que vete acostumbrando a mi presencia, porque tengo trabajo aquí en Madrid y estaré una temporada ¿vale?

Le miré con rabia, por la chulería que transmitía al hablarme. ¿Pero qué se creía este tío? Resoplé y me di la vuelta muy digna para meterme en mi habitación y pegué un portazo que hizo que retumbaran hasta las puertas del armario.

Capítulo 4

Me fui a dormir muy nerviosa, gracias a que aquel tipo maleducado había conseguido sacarme de mis casillas. No dormí demasiado bien, pero me levanté temprano para seguir trabajando en mi nueva exposición. Quería moverme por Madrid y visitar algunas galerías para coger ideas.

Cuando me levanté, entré directa en el baño, no se oían ruidos fuera, así que me duché tranquilamente. Cuando salí al salón, me encontré con... ¡un momento! ¡No sabía ni cómo se llamaba! La verdad es que, anoche, lo que menos me importaba era conocer su nombre, con que hubiera salido por la puerta me habría valido.

Bueno, pues el hermano de Tina (como se llamara) estaba de pie frente a la ventana con un café en una mano y la prensa en la otra. Vestía una camiseta negra de manga corta y unos vaqueros azules desgastados.

—Buenos días —dije tímida.

Él se giró sorprendido, por lo visto no me había escuchado salir del baño.

—Buenos días —dijo escueto volviendo a mirar el periódico.

Al ver que seguía siendo la alegría de la huerta, me fui a la cocina a coger algo para desayunar y vi que sobre la encimera había pequeños bollos

recién hechos que olían fenomenal. Llenaban la cocina de un aroma estupendo. Él los tenía que haber traído, estaba claro, ya que de momento estaba convencida de que los bollos no tenían patas y caminaban alegres hasta mi cocina...

Los dejé ahí porque suponía que serían para él, pero no por falta de ganas de comerme uno (o dos).

Me preparé un café y mientras me lo calentaba en el microondas, él se apoyó en el quicio de la puerta y, terminando su bebida, me dijo mirándome a los ojos.

— Lucas, me llamo Lucas, y perdona por las formas de ayer. Llegaba nervioso del vuelo y reconozco que me sorprendió encontrarme con una desconocida en casa de mi hermana.

Tragué saliva, esto sí que no me lo esperaba. Me imaginaba quizá un vacile más, alguna broma o cualquier cosa menos una disculpa. Si lo pensaba fríamente, la noche anterior me había puesto muy nerviosa también, provocando que mi reacción tampoco fuera de lo más normal. Así que, de la misma manera, le debía otra disculpa.

—Perdóname tú a mí también. Me asusté, no esperaba a nadie y me atacué. Lo siento.

Dejó el vaso del café en el fregadero, salió hacia el salón, cogió una gran mochila y se dirigió hacia la puerta de la calle.

—Hasta luego, Marta, si quieres esos bollos, los compré para ti —y cerró la puerta de la calle tras de sí.

¿Había comprado los bollos para mí? Noté como la cara me empezó a arder, me lo había tomado como un piropo, una disculpa, no sé... ¡pero me había encantado! Ya solamente el detalle había valido la pena y el escucharle decir que los había comprado para mí ya ni te cuento.

Llamé a Tina para contarle lo que me había pasado con su hermano, y tan tranquila me dijo que Lucas era así, le gustaba aparecer y desaparecer sin avisar. Viajaba mucho por trabajo, entonces, cada vez que venía a Madrid, se quedaba en su casa y así también se veían, pero que esta vez se le había olvidado avisarle de que viajaba una temporada a Londres. Le dije que me pegué un susto que casi le tiro el mando de la televisión a la cabeza, y le dio tal ataque de risa, que no pude evitar contagiarme y acabamos las dos riendo como tontas.

Me explicó que Lucas era fotógrafo profesional y que fuera de España empezaban a reconocerle su trabajo, cosa que en su país le estaba costando más. Tina me vaciló sobre lo guapo que era su hermano y que así me dejaba muy bien acompañada, decía con sorna. Cuando colgué, me fui a ver galerías por Madrid, comí un bocadillo en un bar y seguí buscando ideas para mi próxima exposición. Menos mal que me fui en playeras, si no, tanta caminata me habría dejado sin pies; si hubiera ido con tacones...

Capítulo 5

Llegué a casa como a las siete de la tarde y cuando entré, vi que Lucas estaba al lado de la mesa del comedor, mirando fotos y negativos al trasluz de la ventana. Cuando cerré la puerta, ni se inmutó, siguió concentrado en su tarea.

Dejé mi mochila sobre el sofá y me acerqué despacio a ver las imágenes que le tenían tan ensimismado. Estaban todas expuestas sobre la mesa, colocadas de forma muy ordenada.

Suponía que eran fotos realizadas por él, ya que en la esquina de abajo a la derecha firmaba una «L» mayúscula y seguido a la letra, el año en que se hizo, quizás. Eran unas fotos preciosas, todas en blanco y negro, que representaban acciones de la vida cotidiana, realizadas en la calle. Una mujer con su bebé dándole el pecho, una anciana con el carro de la compra pasando por un paso de cebra o un mendigo pidiendo limosna recogido entre cartones.

Pero, sobre todo, era increíble el halo y el encanto que rodeaba a las fotos, aunque de primeras parecieran acciones insignificantes.

—¿Son tuyas? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí —respondió en seguida sin dejar de estudiarlas.

— Son muy bonitas.

— Gracias.

No sabía muy bien qué decir ni si a él le apetecería que yo estuviera allí. Al ver que no iniciábamos ninguna conversación más, me dirigí al baño a darme una ducha, ya que entre el calor y todo lo que había caminado, era necesario darme un baño para refrescarme y relajarme.

Me encantaba ducharme cuando estaba cansada. Esa sensación que el agua caliente me hacía sentir al resbalar por mi cuerpo y por mi cara, hacía que hasta notara cómo se iban relajando los músculos de mi cuerpo. Muchas veces, cerraba los ojos y dejaba que el agua caliente resbalara por mi rostro para sentir más ese deleite.

Cuando salí del baño, me sequé con cuidado y me puse algo fresquito para estar en casa. Es lo que tenía estar en el mes de junio, que no es que hiciera mucho frío, la verdad. Después, me fui directa a la habitación de Tina a colocar mis cuadros y a empezar a seleccionar los que utilizaría para la próxima exposición.

Me paré a mirar de nuevo el que mi madre había pintado. Era curioso, porque cada vez que lo observaba, descubría un trazo nuevo, un color diferente que no había visto hasta ahora o una perspectiva distinta. Y eso que llevaba seis años viéndolo casi a diario.

Cuando llevaba como diez minutos allí, totalmente ensimismada en ese cuadro, escuché la voz de Lucas tras de mí.

—¿Una cerveza?

Me giré en seguida y Lucas estaba apoyado en el marco de la puerta, solo con unos pantalones cortos negros y el torso al descubierto, tendiéndome una cerveza y sujetando otra con la otra mano. Tenía un cuerpo trabajado, pero sin exagerar, lo justo, modelado y sexy. No pude evitar recorrerle con mi mirada, y reconozco que me entraron unos calores que ya no sabía si serían por la época del año o por semejante visión.

Asentí con media sonrisa y me acerqué a coger la cerveza.

—Gracias —dije mientras la abría.

Agradecimiento que respondió con una sonrisa y guiñando un ojo, al mismo tiempo que se daba vuelta hacia el salón y decidí seguirle.

Se sentó en el sillón y yo hice lo mismo, pero en el otro, ya que había una pareja, uno de tres plazas y otro de dos. Eran los que venían con la casa, y para ser de alquiler, no eran muy incómodos. De un color marrón desgastado y bastante mulliditos.

Una vez sentada, cogí la cajetilla de tabaco, saqué un cigarrillo y lo encendí.

—No deberías fumar —afirmó tras dar un trago a su cerveza y mirándome fijamente.

—No deberíamos hacer tantas cosas... —dije dándole una calada y desafiándole con la mirada.

—Dicen que es malo.

—Ya lo sé..., pero de algo hay que morir ¿no?

—Vaya..., eres una niña rebelde ¿eh? —dijo sonriendo.

—No soy una niña, creo que ya te lo dije ayer..., tengo treinta años.

—No los aparentas, y después de lo de ayer, no te echaría más de veinte —vaciló.

Parecía que la conversación se iba relajando un poco. Y se agradecía, la verdad, porque era un poco tensa la situación. No nos conocíamos de nada, jamás nos habíamos visto, y con nuestro gran comienzo, teníamos todos los ingredientes para un inicio tenso. Por lo menos, él había dado el paso de conocernos un poco más ofreciéndome una cerveza. Lo único que nos unía era Tina, mi mejor amiga y su hermana. Y con ese nexo debíamos convivir y confiar el uno en el otro.

—Bueno y cuéntame algo de ti —me dijo mientras cruzaba las piernas sobre la mesa.

—¿Qué quieres saber?

—A qué te dedicas, por ejemplo, ya sé que tienes treinta años y que usas los mandos a distancia como armas arrojadas. ¡Ah! Y que tienes unas piernas preciosas —dijo guiñando un ojo.

—Eres malo... —sonreí —. Pues pinto cuadros. Hice Bellas Artes e

intento vivir de esto. Aunque evidentemente, no me da y los fines de semana trabajo de camarera en una discoteca.

—¿En una discoteca? ¿En cuál? Que voy a ir a verte y a que me pongas unas copas.

—Una del centro. Pero paso de decirte cuál... —dije arrugando la nariz.

—¿Por qué? —se rio—. Venga, va, prometo ser un buen chico.

—Uy, fíjate que lo dudo...

—¿En serio? Eres dura, niña... Bueno, está bien, tú lo has querido, seré malo contigo... pero luego, recuerda que te lo advertí —contestó dando después un largo trago a la cerveza sin desviar la mirada de la mía.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No sé por qué, me daba que este chico me iba a traer más de un dolor de cabeza... y de corazón.

Estuvimos hablando un rato y me sentí súper cómoda. Al final, acabé diciéndole no solo el nombre de la discoteca, sino también la dirección y, con ese poder extraño que ejercía sobre mí, le habría dado hasta mi DNI. Era un tío bastante sencillo y muy agradable, además de estar muy bueno, que eso era más que evidente. Obviamente, me fijé en que no llevaba alianza.

Capítulo 6

Cenamos algo mientras veíamos la televisión y no me acosté muy tarde porque estaba bastante cansada. Nos dimos las buenas noches y me fui a dormir, pero antes me quedé pensando en Lucas. Me estaba empezando a gustar un poco y estaba entrando en camino peligroso. No parecía un chico que se fijara en chicas del montón como yo. Y yo ya había sufrido bastante como para complicarme la vida más.

Esa madrugada de nuevo volvieron las pesadillas, las mismas de siempre, las mismas imágenes que me hacían ahogarme y entrar en pánico. Un coche, luces, fogonazo y de repente, todo oscuro.

—¡No! —grité en el silencio de la noche.

Luces, de nuevo todo oscuro, yo intentando gritar, pero mi voz no salía. ¿Por qué?! ¡Quiero advertirles! Les llamo, no me oyen... ¡no me oigo! Lloro con fuerza, pero las lágrimas casi no salen ya de mis ojos, se han quedado secos de tanto llanto. Miro mis manos, sangre, ¡estoy sangrando!

—¡Nooo! —vuelvo a gritar.

El propio chillido me despertó. Estaba llorando, sudando, me hice un ovillo y empecé a hiperventilar. Abrazada a mis rodillas y con la cabeza apoyada en ellas, lloraba y me ahogaba, como tantas noches, como tantas

veces. Creía que me moría, algo me oprimía el pecho y me agarré al colgante que me había regalado Tina antes de irse, dijo que me quitaría el miedo, pero no era así, estaba paralizada en la oscuridad sin poder ni moverme para encender la luz de la mesilla.

De pronto, se encendió la luz de pasillo y Lucas apareció en la puerta de mi habitación. Dio dos toques con los nudillos, pero no tuve fuerzas ni para responder, lo cual hizo que se asomara con cautela. Al verme en ese estado, entró rápido y, sin pensárselo dos veces, se sentó a mi lado.

—Marta, ¿qué te pasa? Cuéntame —preguntó preocupado.

Yo solo hiperventilaba y no era capaz ni de mirarle a la cara. Al verme así, directamente me abrazó, poniendo mi cabeza sobre su pecho y acariciándome el pelo.

—Shh, tranquila, Marta, respira... No pasa nada, seguro que has tenido una pesadilla, nada más... —susurraba.

Recuerdo empezar a relajarme al notar su cercanía. No hubo palabras, pero con su forma de actuar consiguió que mi ritmo cardíaco volviera a ser normal. Yo no tenía ganas de hablar, solo quería relajarme y, sin darme cuenta, me quedé dormida entre sus brazos.

Cuando desperté, ya era por la mañana y estaba sola en la cama y en la habitación. Me levanté algo aturdida, poniéndome las manos en la cabeza y respirando hondo. Escuché ruido en la cocina. Me puse las zapatillas de andar

por casa, me recogí el pelo en un despeinado moño y me acerqué hasta allí.

Efectivamente, ahí estaba Lucas preparando café. Llevaba unos pantalones negros y un polo verde, el pelo aún húmedo que le hacía más sexy si cabía. Sin yo decir nada, notó mi presencia. Se giró y cuando me vio, sonrió.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Cómo estás? —preguntó cercano, mientras ponía el azúcar en la mesa.

—Bien, creo... —dije mesándome el pelo perezosa.

— ¿Quieres un café?

— Sí, por favor, voy a lavarme la cara antes.

Me fui al baño y al mirarme en el espejo fui consciente de que no tenía buen aspecto. Los ojos estaban algo hinchados y tenía muchas ojeras. Las noches en las que sufría esas pesadillas me dejaban fatal a la mañana siguiente, tanto física como mentalmente. Y lo que más miedo me daba era que empezaba a acostumbrarme a sufrirlas.

Cuando volví a la cocina ya tenía el café sobre la mesa. Le di las gracias y me senté a su lado. Mientras me ponía azúcar en mi taza, notaba su mirada sobre mí. No quería mirarle porque sabía que nuestros ojos se encontrarían sí o sí.

—¿Quieres contarme algo? —preguntó directo dando un sorbo a su café.

Cogí aire. No sé por qué, pero sabía que me preguntaría por lo de ayer. Lo que no me imaginaba es que sería nada más levantarnos.

—Pues... quiero darte las gracias por lo de anoche. No recuerdo cuando me dormí, lo siento —dije sin mirarle.

—No me des las gracias. No tardaste en quedarte dormida.

¿Qué te pasó?

—Una pesadilla, nada más.

No podía contarle la verdad. No me sentía preparada para dar tantas explicaciones sobre algo que me dolía tanto y aún las heridas escocían demasiado. Me entró miedo porque era un tema que no quería tocar, pero no sé qué me pasaba con él, que me sentía tan cómoda a su lado que hasta se lo habría contado. Pero como siempre, hui. Me bebí el café rápidamente y excusé mis prisas con que tenía trabajo.

Capítulo 7

Era viernes y esa noche trabajaba en la discoteca donde hacía los extras. Tenía que ir arreglada, y me daba mucha pereza eso de tener que ponerme tacones, minifalda o escotes y maquillarme. Pero las normas de la discoteca eran esas y yo no estaba para perder dinero, así que me preparé para irme a trabajar. Lucas había pasado el día fuera trabajando y no nos habíamos visto en todo el día desde el desayuno.

Me puse un vestido morado oscuro corto con un gran escote en la espalda, tacones y labios rojos. Entraba a trabajar a las once de la noche hasta cierre, que solía ser como a las cinco de la madrugada. A la hora que entraba, no solía haber mucha gente, era pronto aún.

Compartía siempre barra con Bruno, un chico con el que, de vez en cuando, tenía mis acercamientos sexuales. Había noches que acabábamos enrollados en su casa y otras que nos despedíamos al final del trabajo y hasta otro día. Bruno era un tipo que atraía a las mujeres por su físico y su desparpajo que, para un rato, en mi opinión estaba bien, pero de ahí a mantener una relación formal, ni de lejos, le gustaba mucho tontear porque sabía que gustaba. Y sinceramente, tampoco me atraía tanto como hombre como para querer algo más. Pasábamos un rato divertido de vez en cuando y

ya está.

La discoteca tenía dos plantas, era bastante grande, y dos barras en cada piso. Nosotros estábamos en una de las de abajo. No era demasiado larga, pero lo justo para que con dos personas se despachara bien, sin agobios.

Cuando llegué a la discoteca, saludé a los que allí estaban y me fui a la barra. No había mucha gente, pero la discoteca empezaba a recibir clientes. Como media hora después, entró Bruno. En ese tiempo, estuve colocando los vasos de chupito y respondiendo algún que otro mensaje del teléfono.

—Hola, preciosa —dijo dándome un abrazo—. Mmm..., qué bien hueles siempre.

—Anda, quita —dije bromeando.

—Joder, es que esta noche estás especialmente guapa. Menudo vestido, nena —dijo haciéndome girar sobre mí misma.

—Pronto empiezas hoy, ¿no? ¿Qué pasa, que alguna de tus chicas te ha dado plantón o qué? —le vacilé mientras colocaba unas botellas.

—Nena, sabes que tú siempre eres mi primera opción.

La noche comenzó a animarse y la barra se empezó a llenar por momentos. Empezaba lo duro. A eso de las dos de la mañana y mientras ponía unos chupitos a un grupo de jóvenes, Bruno pasó por detrás de mí para atender a otros clientes, pero se paró un segundo para darme un beso en el

cuello. Yo sonreí al sentirle y terminé de poner las bebidas. Por cómo iba la noche, creo que acabaríamos de nuevo en la cama.

—¡Marta! —gritó Bruno—. ¡Hay un chico aquí que dice que te conoce!

Me giré y no me creí lo que vi. Allí estaba Lucas, al final de la barra, sonriéndome. No pude evitar reírme mientras negaba con la cabeza. No me lo podía creer. Me acerqué decidida a saludarle.

—Pero ¿y tú? Has tardado poco en venir, ¿eh?

—Ya ves, hoy no te había visto y me he animado a ver dónde trabajas y de paso tomarme algo.

Nos quedamos mirando con una sonrisa en la boca y sin saber qué decir. Hasta que él dijo:

—Estás explosiva. Qué lástima que en casa no vayas así —bromeó, recorriendo mi cuerpo con su mirada.

Su comentario me hizo reír.

—No suelo arreglarme tanto para irme a dormir... —ironicé.

—Es una pena, deberías planteártelo... En serio, estás preciosa y mira que no soy un tío que le guste piropear.

—Vaya, tengo que sentirme halagada entonces ¿no?

Solo lo pensaba yo, ¿o estábamos coqueteando descaradamente? Esa mirada me estaba matando y de la sonrisa ya ni hablamos.

—Bueno, ¿qué te pongo? —dije para romper el hielo.

—Me lo acabas de poner muy fácil para la bromita de cómo me pones, pero no voy a entrar... —vaciló con una pícara sonrisa.

Me acababa de dejar muy cortada.

—Joder, ¿tienes que sacarle punta a todo lo que digo?

—Es que me encanta sacarte de quicio —respondió guiñándome un ojo —. ¿Me pones un gin-tonic, por favor?

Me giré para preparárselo y Bruno, al pasar, me acarició la espalda despacio. Hoy quería que me fuera con él a su casa. Estaba claro. No estaba coqueteando con ninguna chica y solo tenía ojos y caricias para mí, así que ya sabía dónde iba a dormir esta noche. Cogí todo lo necesario para ponerle su bebida y fui hacia donde estaba Lucas, que me esperaba con media sonrisa.

—¿Es tu chico? —disparó.

—¿Cómo?

—Que si el guaperas ese es tu chico...

—¿Quién, Bruno? ¡Qué va! —respondí riéndome.

—Pues es muy cariñoso contigo.

—Digamos que de vez en cuando nos damos cariño. Nada más —

respondí echándole la ginebra en el vaso y haciéndome la interesante.

—Ya... —asintió sin dejar esa sonrisa tan pícaro—. ¿Y a qué hora sales?

—Sobre las cinco, más o menos.

—¿Quieres que te espere? Estoy ahí con unos amigos y así no te vuelves sola —dijo dándole el primer trago a su copa.

—¿Estás haciendo de hermano mayor?

—Ven, acércate —dijo poniendo su boca en mi oído—. Si fuera tu hermano, me detendrían solo por pensar lo que te haría.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y tuve que tragar saliva.

¿Pero y esto?

No entendía nada... Bruno se acercó abrazándome por detrás y tendiéndole la mano a Lucas para saludarle. Este me guiñó un ojo y se alejó hacia la pista. Me había dejado totalmente fuera de juego. Eso sí que me había pillado de improviso.

Lucas y sus amigos se quedaron cerca de mi barra, así que le tenía dentro de mi campo de visión mientras seguía trabajando. Sabía que me miraba de vez en cuando y de hecho le pillé más de una vez. Una de ellas sonrió y levantó su copa en señal de brindis. ¡Uf! Qué calores me estaban entrando...

A las cuatro y media se encendieron las luces, señal de que la

discoteca cerraría en breve. Bruno y yo estábamos recogiendo la barra, cargando cámaras, barriendo... Hasta que se me acercó con decisión abrazándome con firmeza por detrás.

—¿Te vienes a mi casa? —dijo besándome el cuello.

Yo me sentí bien de recibir esos besos, miré hacia donde estaba Lucas y ya no estaba tan sonriente, su gesto se había tornado serio, como enfadado. No sé por qué me daba que no le gustaba verme con Bruno así.

—Venga, vale. Hoy duermo allí —dije girándome y dándole un pequeño beso en los labios.

Salí hacia el baño y me crucé con Lucas, que me esperaba un poco alejado del grupo de amigos.

—¿Qué tal la noche?

—Bien, hoy no ha sido muy dura.

—Para no ser tu chico, el camarero ese se toma muchas confianzas, ¿no? —dijo dirigiendo la mirada hacia Bruno, que barría la barra.

—Las confianzas que yo dejo que se tome. Sabemos dónde está el límite.

—Ya..., entonces, no te espero ¿no?

—No, hoy no duermo en casa. Así que, si quieres llevarte compañía, es tu momento —guiñé un ojo.

Me acerqué a darle dos besos y me agarró por la cintura con una presión que me hizo estremecer. ¿Qué tenía este chico que me atraía tanto?

—Ten cuidado —susurró en mi oído—. Si necesitas algo me llamas al móvil.

—Vale, hermanito... —respondí con picardía acariciándole la cara.

Capítulo 8

Pasé la noche con Bruno y, como siempre, nada del otro mundo. Nos acostamos, por la mañana ducha y regresé a casa en taxi. Aquella noche tenía que volver a trabajar.

Cuando llegué serían como la una del mediodía. Intenté entrar sin hacer mucho ruido y me quité los tacones. Cuando me dirigía a mi habitación, escuché a Lucas.

—Buenos días —dijo.

La voz provenía de su cuarto, me asomé con cautela y ahí estaba, tumbado en la cama y tapado hasta el abdomen por una sábana.

—Buenos días, Lucas —dije asomando tímidamente la cabeza por el marco de la puerta.

—No te pregunto qué tal la noche porque sonaría morboso.

Eso me hizo reír.

—Todo bien —respondí—. ¿Y tú? ¿Trajiste compañía?

—Pues sí, al salir me encontré con una «amiga» y bueno, quise que conociera mi habitación y no se resistió mucho.

Reconozco que me dio una punzada en el estómago el pensar que había pasado la noche con una chica, pero yo también lo había hecho y

nosotros no éramos nada, así que no tenía por qué molestarme.

—Y... ¿ya se ha ido? —carraspeé.

—Sí, se fue cuando terminamos..., ya sabes..., lo de dormir con una mujer no es lo mío.

— Qué romántico —ironicé.

—Habló la que se tira a un tío sin ningún sentimiento de por medio... ¿o me equivoco?

—Aunque no lo creas, siempre me imagino casada y con hijos..., y eso tiene un toque de romanticismo, pero mientras tanto, besaré algunas ranas. Voy a cambiarme.

Y girándome, sabiendo que aún me miraba, me contoneé adrede para ir directa a mi habitación a cambiarme de ropa.

Pasé el sábado descansando, de hecho, me volví a dormir en cuanto me despedí de Lucas en su habitación. Me desperté como a las cinco de la tarde y él no estaba en casa. Me decepcioné un poco al ver que estaba sola, pero bueno, comí algo y me preparé para irme de nuevo a trabajar. Esa noche me puse un mono negro ajustado con un escote generoso y unos tacones también oscuros.

Llegué puntual a mi trabajo y, aunque Bruno se pasó la noche insinuando que acabáramos de nuevo en su casa, no me apetecía. Solo quería llegar a casa y descansar.

Entré en casa como a las cinco y media de la mañana con mucho cuidado, para no despertar a Lucas, siempre y cuando estuviera en casa. Cuando iba hacia mi habitación pasé por delante de la suya y vi que estaba durmiendo, y sin compañía.

Me di una ducha para relajarme y me fui al salón a tomarme una infusión antes de acostarme. Con unos shorts negros y una camiseta de tirantes color salmón, me senté en el sofá mientras que, con una tenue luz de una lamparita de mesa, cogía una revista de arte para distraerme. Cuando estaba absorta en la publicación, escuché un ruido.

—¿Insomnio? —dijo Lucas entrando al salón.

—Hola —dije sonriendo—. Perdona si te he despertado.

—No, tranquila —respondió sentándose a mi lado en el sofá y mirando de reojo lo que yo leía.

—Hoy no hemos coincidido en todo el día.

—Ya, tenía que hablar con una persona para un trabajo —me respondió sin dejar de mirar la revista.

—¿Y todo bien?

—Perfecto —dijo mirándome a los ojos con media sonrisa—. ¿Sabes?

—¿Qué? —respondí sin dejar de mirarle.

—Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba cómo me había ido el

día —dijo mirándome con intensidad.

Esa cercanía me puso un poco nerviosa. Sentirle tan próximo me hacía sentirme vulnerable.

—¿Puedo? —dijo mirando a mi revista y rompiendo el hielo.

—Sí, claro —respondí tendiéndosela.

La estuvo ojeando y me preguntó que desde cuando me dedicaba a la pintura de manera profesional. Le contesté que desde siempre me había gustado pintar. Le conté que mis padres me regalaron un caballete cuando tenía quince años y que aún lo conservaba. Era un objeto muy especial para mí. También le expliqué que desde que había acabado Bellas Artes, me había buscado la vida en el tema artístico y había conseguido pequeños trabajos en exposiciones que me hizo empaparme cada vez más de ese mundillo.

—¿Cuál es tu sueño? ¿Hasta dónde quieres llegar? —me preguntó serio.

— Uf, qué pregunta —bufé mirando al techo y recostándome en el respaldo del sillón.

—Sueña. Soñar es gratis —me dijo sonriendo.

—Pues mira, te voy a ser sincera. Aspiro a poder exponer alguna vez en la galería El Soho de Madrid —dije encendiéndome un cigarro.

—¿El Soho? —preguntó frunciendo el ceño y apoyándose también en

el respaldo, casi rozando mi hombro con el suyo.

—¿No lo conoces?

—Sí, lo conozco. De hecho, el año pasado expuse allí unas fotos que hice en Argentina.

Se me abrieron los ojos como platos. Me giré hacia él, puse mis piernas tipo indio y le miré alucinada.

—¿En serio?

Él me miró sorprendido y sonrió.

— Sí, sí.

Casi le obligué a que me contara todo con todo lujo de detalles. Cómo lo había conseguido, por medio de quién, cuánto tiempo expuso... Pero él puso su dedo índice sobre mis labios, haciendo que me callara.

— Shh..., respira, que te vas a ahogar, niña... Te cuento todo lo que quieras si me prometes que luego me contestarás tú a otra pregunta que quiero hacerte.

Me miró con tal intensidad que no pude negarme. Cómo negarme a esa mirada, a esa cercanía y a su aroma...

Me contó todo lo que yo quería saber y nos reímos un montón con la cantidad de anécdotas que vivió en esa exposición, y también las puertas que se le abrieron tras exponer allí. Qué envidia sana me daba cuando le escuchaba hablar. Escuchar mi sueño de boca de alguien que ya lo había

conseguido me hacía pensar que sería posible exponer allí y que lucharía por hacerlo.

Cuando terminaron mis preguntas, que fueron muchas, le tocó a él. Era el momento de lanzar su pregunta. Así que se colocó frente a mí en el sillón y me preguntó con calma:

—¿Qué quieren decir las iniciales que llevas en ese colgante? —dijo mirando hacia las letras.

Me quedé fría, las iniciales de ese colgante se referían a algo que yo había vivido en el pasado y me dolía mucho hablar sobre ello. Bajé la mirada hacia mis manos, que jugueteaban nerviosas con el mechero. Tragué saliva, ¿se lo contaba o no? La verdad es que Lucas me transmitía muchísima confianza como para contárselo, y el entorno y la situación eran bastante cómodas como para hablar. Pero no podía. Me hacía mucho daño hablar de ello. Así que le miré y le dije con un hilo de voz.

—Lucas, estoy cansada, me voy a la cama.

Cuando me levanté, al pasar por su lado me cogió la mano. Sorprendida, me detuve y le miré.

— Marta, ¿qué pasa? ¿Qué es eso que tanto te martiriza? —preguntó frunciendo el ceño.

Se levantó despacio sin soltarme la mano y me cogió también la otra con mucha suavidad y cuidado. Se puso frente a mí y me miró fijamente.

—No quiero obligarte a que me cuentes nada que no quieras decir. Pero quiero que sepas que cualquier cosa que necesites estoy aquí ¿vale? Después de lo de la otra noche, verte así tan asustada y no saber cómo actuar, las iniciales de ese colgante que no puedes decirme y ver cómo has reaccionado al preguntarte, me hace ver que hay algo que te atormenta, y me gustaría ayudarte. Si me dejas.

Miré hacia el suelo y él con su dedo índice me levantó la barbilla para que le mirara. Sin poder evitarlo, una lágrima resbaló por mi rostro. Me miró sorprendido sin saber qué decir, frunciendo ligeramente el ceño. Entonces se acercó despacio hacia mí y besó mi lágrima, yo cerré los ojos para recibirlo con más profundidad, cogí aire despacio y lo solté de igual manera. Se separó quedándose a escasos milímetros de mi boca, manteniendo su mirada fija en mis labios. Se acercó con sutileza y me besó. Un beso suave, dulce, nada grosero. Me quedé quieta sin saber qué hacer. Quería besarle con toda mi alma, pero no era el momento. Así que me separé con cuidado y le dije:

—Me voy a descansar, Lucas. —Y desaparecí en mi habitación.

Capítulo 9

Los siguientes días fueron bastante tensos después del beso del sábado de madrugada. De hecho, no mencionamos el tema en ningún momento, ni una sola conversación relacionada con aquel encuentro. Reconozco que le intenté evitar a toda costa y no pasar más de dos minutos juntos por si él sacaba el tema. Pero las miradas hablaban, y aunque hiciéramos como si nada hubiera pasado, la forma que tenía de mirarme en algunas ocasiones, desmontaban todos mis argumentos de pensar que, para él, aquel beso no había significado nada.

Me benefició que esa semana Lucas la pasaría de martes a viernes en Barcelona. Antes de irse, me dijo que el viernes llegaría de madrugada porque tenía una reunión importante mientras cenaba en un famoso restaurante de Barcelona, y que cogería el vuelo después. Prefería levantarse ya en casa el sábado. Mientras conversábamos, yo, nerviosa, fregaba los cacharros del desayuno y huía despavorida de su mirada.

Así que pasé una semana relativamente tranquila porque no tenía que verle todas las mañanas ni recordar aquel maravilloso beso que me hizo temblar las piernas. Fue tan dulce, tan sereno y tan suave, que aún me estremezco cuando lo recuerdo. Fue perfecto, pero el miedo me paralizó y

salí corriendo de allí. Tampoco quería hablar de lo que viví hacía unos años y hacerme más daño.

Me dediqué a pintar, a leer y a patearme Madrid en buscar de trabajo artístico.

El viernes me preparé para irme a trabajar a la discoteca, como de costumbre, pero nerviosa porque cuando volviera de trabajar, probablemente, Lucas ya habría llegado a casa. En la discoteca, Bruno estaba muy cariñoso, lo suficiente como para querer que esa noche me fuera a su casa y nos acostáramos, pero, aunque me ponía muy nerviosa el hecho de que Lucas estuviera en casa cuando llegara, podía más el querer volver a verle que acabar en la cama con un chico al que solo me unía eso, el sexo.

Ese viernes no hubo mucho jaleo en la discoteca y mi jefe me dejó salir antes, sobre las cuatro, cosa que agradecí sobremanera porque esa semana no había dormido muy bien. Bruno intentó convencerme para irme a su casa, pero le dije que no era un buen día y que necesitaba descansar. Cogí un taxi y en apenas quince minutos estaba en casa.

Abrí la puerta del piso con cautela para no despertar a Lucas en el caso de que hubiera llegado ya. Me quité los zapatos y los sujeté con una mano, mientras con la otra llevaba el bolso y las llaves. Las luces estaban apagadas, pero a través de la poca luz que entraba por la ventana, me pareció vislumbrar la silueta de su maletín sobre la mesa.

Y para que nos vamos a engañar, la casa olía a él.

De puntillas, me fui a mi dormitorio a dejar los zapatos y el bolso, y encendí solo la luz de la mesilla para no despertarle.

—Buenas noches —escuché tras de mí.

Me giré sorprendida. Y ahí estaba, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, el torso desnudo y unos pantalones negros cortos del pijama.

—Buenas noches ¿te he despertado? —dije acercándome a darle dos besos.

—No, tranquila, te estaba esperando —susurró.

Toma, ahora sí que sí, se me hizo un nudo en el estómago.

—Ah, ¿y eso? —respondí buscando mi pijama.

—¿Podemos hablar?

—Ehh... sí, claro —respondí poniéndome el pelo detrás de la oreja con gesto nervioso—. ¿Me esperas en el salón y me cambio?

—No... —respondió tajante y acercándose peligrosamente a mí.

—¿No? —pregunté mientras veía que cada vez estaba más cerca—. ¿Por qué?

—Porque no quiero darte tiempo a pensarte la excusa que me vas a dar cuando hablemos de lo que tenemos que hablar —susurró.

Estaba a pocos centímetros de mí y podía sentir su olor, nuestros aromas se unieron en uno solo de la cercanía que teníamos. Le miraba sin poder evitar sentir nervios, estaba tan cerca que hasta me estremecí.

—Y... ¿de qué quieres hablar? —dije con un hilo de voz.

—¿Tú qué crees...? —susurró.

—Dímelo tú —yo no era capaz de hablar del tema sin ahogarme con mis propias palabras.

—¿En serio no lo sabes? —Bromeó con media sonrisa—. Entonces voy a tener que recordártelo... —Y me besó.

Y lo hizo con dulzura, acariciándome la cara con la palma de sus manos. Al principio me mostré tensa, sin recibir aquel beso con toda la entrega que me hubiera gustado. ¿Realmente quería continuar con esto? Como mi cabeza no deje de hablarme no disfrutaré jamás de nada en la vida.

—¿Ya te acuerdas? —me susurró besándome el cuello.

Cerré los ojos y giré la cabeza para recibir aquellos besos con mayor intensidad. Muy bien, Marta, te estás dejando llevar. Me agarró por la cintura y volvió a ponerse frente a mí. Nuestra forma de mirarnos había cambiado y nuestra respiración también, ahora era agitada y nos mirábamos con deseo. Esto no podía quedarse así. Así que, mirándole los labios como si de un imán se tratara, me lancé a ellos para poseerle, era lo que deseaba en ese momento. El recibió ese ímpetu con deseo, con la misma intensidad que yo y me subió

en brazos enredando mis piernas en su cintura.

Nos besamos como si no hubiera un mañana y nos devoramos como si no fuéramos a vernos más. Me llevó a trompicones hasta su habitación y me tumbó sin rodeos en su cama, se colocó sobre mí y nos dejamos llevar.

Capítulo 10

Después de hacer el amor nos quedamos dormidos sin darnos cuenta, abrazados y agotados. Una hora más tarde, el sol, que entraba por la ventana, me despertó, eran las siete y media de la mañana. Me levanté despacio y entré al baño a darme una ducha, siempre que llegaba de trabajar me la daba, pero esa noche las circunstancias me lo habían impedido, y me había encantado la razón de no hacerlo.

Me di una ducha rápida, pensando en lo que había pasado y si lo que habíamos hecho no habría estropeado la poca amistad que habíamos conseguido entablar en estos días. ¿Y ahora qué? Si ya de por sí, por un beso habíamos estado una semana sin hablarnos, no me quería imaginar ahora que nos habíamos acostado.

Salí de la ducha y me puse el pijama, había dormido desnuda con él y, ahora, necesitaba volver a la cama, esta vez a descansar, esa noche volvería a trabajar en la discoteca y si no me dormía otro rato llegaría hecha unos zorros.

Salí del baño abriendo la puerta despacio para no despertar a Lucas, pero cuando acababa de apagar la luz, le escuché desde su habitación.

—¿Marta?

—Sí, dime —me acerqué por el pasillo hasta la puerta de su habitación quedándome ahí.

—Puedes acercarte, no muerdo... —dijo con media sonrisa y apoyándose sobre sus antebrazos.

Unas mariposillas recorrieron mi estómago con esa frase y ese gesto. Me acerqué y me quedé de pie frente a su cama.

—Siéntate, por favor —dijo dando unas pequeñas palmaditas en el colchón.

Sonreí y me senté frente a él mesándome el pelo mojado.

—¿No te vas a quedar conmigo a descansar? —preguntó ladeando la cabeza.

—Tú mismo me dijiste que lo de dormir con una mujer no era lo tuyo —respondí irónica.

—Vaya —sonrió—. Qué buena memoria tienes.

—Procuro acordarme de las cosas —respondí sonriendo.

—Quédate por favor —Su tono cambió. Ahora era ronco.

Me miró con tal intensidad que no podía negarme, pero tampoco quería verme envuelta en una relación que no sabía dónde podía llegar. No le conocía de nada, a su hermana sí, pero a él era la primera vez que le veía. Yo me conocía y era muy enamoradiza y ahora mismo en mi vida no soportaría

que me hicieran daño. Ya bastante estaba sufriendo por otro tema como para meterme en otra situación emocional adversa.

—Lo mejor es que me vaya a mi habitación, Lucas. Créeme.

Lucas tragó saliva y me miró un poco extrañado. Me acerqué despacio, le di un beso en la mejilla y me levanté directa a mi habitación. No quería sufrir más. Ya lo había pasado bastante mal y hasta que no cerrara ese capítulo de mi vida no podía comenzar nada. Iría en mi contra y en la de Lucas.

Me tumbé en mi cama y tras darle muchas vueltas, me quedé dormida. Pero antes de hacerlo, me puse el despertador del móvil porque tenía la sensación de que si no lo hacía dormiría hasta las tantas de la tarde. Y justo al dejarlo de nuevo en la mesilla me llegó un *whatsapp*.

«Descansa, pequeña. Si necesitas algo, estoy en la puerta de enfrente. Lucas».

Me levanté con el sonido del despertador, como bien predije antes, y una sonrisa.

A las seis de la tarde me despertó de un sobresalto, estaba profundamente dormida y relajada. Por fin soñaba cosas que me hacían estar tranquila. Soñé que Lucas y yo estábamos juntos y éramos muy felices. El mensaje que me mandó antes de dormirme por segunda vez había hecho que me durmiera con una sonrisa en los labios.

Me levanté y fui directa al salón, Lucas no estaba. Reconozco que me decepcionó no encontrarle allí, pero era casi mejor. Así no tenía que disimular la tensión que me provocaba su presencia.

Comí algo ligero, porque la verdad es que no tenía ni hambre y empecé a prepararme para ir a trabajar. Me puse una camiseta negra palabra de honor y unos pantalones negros de lycra con unos taconazos del mismo color. Me solté el pelo y me lo ricé a golpe de espuma. Labios rojos y ojos ahumados. En la calle hacía calor, era finales de junio, pero en la discoteca, con el aire acondicionado, había días que acababa muerta de frío.

Sobre las dos de la mañana, la barra estaba a reventar, estaba atendiendo a unas chicas que celebraban una despedida de soltera, con sus correspondientes velos y pajitas con forma fálica cuando Bruno, al pasar por detrás, me besó el hombro. «Otra vez», pensé. Esta noche quiere marcha. Le miré de soslayo y le sonreí, no era mal tío, nos desahogábamos mutuamente, nada más. Ninguno faltaba al respeto a nadie y los dos disfrutábamos por igual.

Hubo un momento que le dije a Bruno que tenía a ir al baño, que me cubriera porque necesitaba refrescarme un segundo. Salí decidida de la barra hacia los baños, atravesando el tumulto de gente que había en la discoteca. Cuando estaba llegando al baño, alguien me cogió de la cintura por detrás con dulzura y me susurró «hola» al oído. El aroma a perfume le delató, tenía

que ser Lucas.

Sin darme la vuelta giré levemente la cabeza y ahí estaba él, con media sonrisa, apoyando su cabeza en mi hombro y moviéndose lentamente al son de John Hiatt y su canción *Have a little faith*. Empezó a mover suavemente la cadera detrás de mí, mientras acababa abrazando mi vientre con sus brazos. Me dejé llevar, cerré los ojos y puse mis manos sobre las suyas. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y me contoneé al ritmo de la música. Mientras, me besaba el cuello con dulzura e incluso me daba algún que otro mordisquito que me erizaba la piel.

Enlacé mis manos sobre las suyas para sentirle aún más y bailamos así durante unos segundos. Ojalá hubiéramos estado solos en ese momento. Aparté mis manos de las suyas y me giré despacio para encontrarme su cara a muy pocos centímetros de la mía. Nos miramos con deseo, con la mirada ya estábamos hablando. Me agarró con firmeza de la nuca y me besó sin contemplaciones. Un beso pasional, devorador y sexual. Le correspondí, no sin mostrarme algo tensa. Me separé poniendo mis manos en su pecho y le miré.

—¿Te espero y te llevo luego a casa? —preguntó sin dejar de abrazar mi cintura.

Asentí con la cabeza y sin decir nada más, me marché hacia el baño a refrescarme. Ahora sí que lo necesitaba más que nunca.

Seguí trabajando sin poder evitar buscarle con la mirada. Era inevitable no buscarle, me había dejado totalmente desconcertada y necesitaba verle otra vez. Pero no, no lo veía. Por más que miraba hacia la pista, nada. A todo esto, Bruno cada vez que nos cruzábamos en la barra, o me besaba en el cuello o me agarraba por la cintura... Esta vez ya no recibía ese afecto de la misma manera, quería que fuera Lucas quien me lo diera.

A eso de las cuatro y media, que la discoteca se empezaba a despejar, estando de espaldas colocando vasos alguien me llamó desde el otro lado de la barra.

—Hola, pequeña...

Su voz era inconfundible. Me giré con una sonrisa en los labios.

—Hola —dije acercándome a la barra.

Menuda sonrisa tenía, me desarmaba por completo. Era perfecta y esa camisa azul oscura le hacía todavía más guapo, resaltando esos ojazos azules.

—¿Quieres que te ponga algo? —pregunté pícara.

Con una carcajada espontánea miró a su alrededor y se humedeció al labio.

—No seas mala y no me hagas responder, que ya sabes que una vez no te contesté a eso, pero hoy sí que me atrevo... —dijo desafiante.

—Ah ¿sí? Hoy sí... —respondí sensual.

«Pero Marta ¿qué estás haciendo?, estás calentando demasiado la situación y al final te quemarás. Vale que la situación lo dé, la luz tenue, la música, la gente, la noche... pero luego llegas a casa y te arrepientes, así que echa el freno o te chocarás». Eso me repetía mi subconsciente todo el rato y yo ¿a quién hacía caso? ¿A mi corazón que decía «tírate a la piscina»? ¿O a mi cabeza que me decía que parara, ahora que aún no había heridos? Pero la vida estaba para vivirla y allí estábamos él y yo, para aprovechar el momento.

—¿Te apetece tomarte un chupito conmigo? —dijo sensual.

—¿Celebramos algo? —pregunté coqueta.

—No lo sé... Podemos celebrar que nos hemos conocido, por ejemplo.

—Ya... vale, pero uno rapidito y ya, que tengo que terminar de colocar las cosas.

— Uf ¿uno rápido y ya? En otras circunstancias ya habría saltado la barra para abalanzarme sobre ti..., pero tendré que aceptar que hables del chupito.

Una carcajada espontánea salió de mi boca.

—¿Eres siempre así de mal pensado? —pregunté sin poder dejar de reírme.

—Peor —respondió con media sonrisa.

Cogí aire para respirar, porque ya hasta me estaba empezando a faltar

el aire, me estaba poniendo cardiaca.

—¿Tequila? —preguntó.

—Uf ¿tan fuerte? Luego tienes que conducir... —respondí con un mohín.

—Tranquila, he venido en taxi. Luego volveremos a casa de la misma manera.

—Chico precavido —dije levantando las cejas.

—En todo, ya lo sabes —respondió guiñándome un ojo.

¡Pero este tío! Destilaba sensualidad y sexualidad por todos los poros de su piel, y a mí ya me tenía que me subía por las paredes...

Capítulo 11

Puse los chupitos de tequila, la sal y el limón sobre la mesa. Extendimos un poco de sal sobre la mano y dejé los limones partidos en láminas en un plato pequeño.

Levantó el chupito para brindar y yo hice lo mismo.

—Por ti y porque me dejes descubrirte en todos los sentidos —dijo seguro.

Asentí con media sonrisa y brindamos. Miró hacia mi mano, donde tenía la sal.

—¿Puedo? —preguntó.

—¿Qué si puedes qué? —pregunté extrañada.

Y, con delicadeza, cogió mi mano y chupó la sal de esta sin dejar de mirarme a los ojos. Ya con eso me había rematado. Estaba por llevármelo al baño y terminar con esta tensión sexual de una vez por todas. No me quedó otra que hacer lo mismo en su mano bajo su atenta mirada y después el tequila para adentro de un solo trago. Uf, qué fuerte estaba... Chupamos el limón y listo. Esto, en vez de tomar un chupito, se podrían considerar preliminares en toda regla. Yo, con otros chicos con los que había estado, habían sido menos sexuales en todo el acto comparado solamente con lo que

llevaba en la discoteca.

Se subió un poco a la barra para poder llegar hasta mí y, cogiéndome de la nuca, me besó. Mmm, sabía a limón aún... Un beso corto pero muy intenso.

—Ahora te veo —y se fue a la pista con sus amigos.

¿Y ahora quién me quitaba a mí este calentón? Aunque agradecí que se fuera, porque la cosa ya estaba llegando a un terreno pantanoso.

Volví a mis quehaceres de trabajo, quedaba poco para que ya encendieran las luces de la discoteca, señal de que la fiesta por hoy había terminado. Terminaríamos de cargar las máquinas y ya podría irme a casa con Lucas para terminar lo que habíamos comenzado en el momento que salí para ir al baño a refrescarme.

Puse un par de copas a unos chicos y unos chupitos a un grupo de chicas. Poco más. A esas horas, la gente ya ha bebido todo lo que tenía que beber, no como cuando entran que piden a saco. A las cuatro y media de la mañana ya la cosa estaba relajada.

Como a los veinte minutos por fin las luces se encendieron, ya no nos pedirían más copas porque a partir de ese momento nos tenían prohibido servir más. Ya solo era terminar de recoger y me iría.

Bruno se acercaba a mí de vez en cuando, pero yo no estaba tan receptiva como otras veces.

Cuando terminé, me acerqué al ropero a recoger mi cazadora vaquera y mi bolso, que la chica que trabajaba allí me guardaba amablemente todas las noches. Volví hacia la barra porque me había dejado el teléfono al lado de la máquina registradora. Cuando lo estaba cogiendo, Bruno se acercó por detrás.

—¿Tienes planes para esta noche nena? —
susurró.

Me giré sonriendo.

—Bruno, ¿ya estás? Hoy me voy a casa. Estoy cansada —respondí ladeando la cabeza y una sonrisa.

—Te vas con el rubito ese con el que compartes piso, ¿verdad? —preguntó algo molesto.

—Vamos juntos en el taxi —respondí como si nada mientras guardaba el móvil en el bolso.

—Ya..., anda, vente conmigo hoy, Marta... —dijo agarrándome por la cintura.

—No, Bruno, en serio —dije apartándole de mí con tranquilidad—. Otro día ¿vale? —sonreí.

—Ese tío es un estirado y te dará la patada en cuanto se le cruce otra.

—Anda, Bruno, no vayas por ahí. Tú y yo sabemos que yo no soy de las que juran amor eterno, ni quiero que me lo juren —respondí cogiéndole la

cara con ambas manos.

—¿Nos vamos ya, Marta? —dijo Lucas al otro lado de la barra, directo y serio, sin retirar la mirada de Bruno y este de él.

—Sí, sí —respondí poniéndome la cazadora.

—Tú eras Bruno, ¿verdad? —dijo Lucas.

¡Pero si sabía perfectamente quién era! ¿A qué venía eso...?

—Sí, y tú eras... —respondió Bruno haciéndose el olvidadizo.

¿Pero qué les pasa a estos dos? ¿Estábamos ahora en el corral y ellos eran dos gallos, o qué?

—Lucas, el compañero de Marta —respondió serio.

—Compañero de piso, nada más, ¿verdad? —ironizó Bruno.

—Eso a ti no te importa —respondió Lucas asertivo.

Uf, la cosa se empezaba a poner fea, así que era el mejor momento para irnos de allí. A mí, estas cosas de peleas de machitos me parecen bastante ridículas, así que mejor evitarlas si se podía.

—Bueno, Bruno, hasta el viernes que viene, estoy cansada, así que nos vamos ya —dije mientras le daba un suave abrazo y dos besos.

Ellos se tendieron la mano con educación, pero saltaban chispas por cómo se miraban. Salimos de la discoteca en dirección a la parada de taxis que estaba muy cerca y Lucas me agarró por la cintura como si nada. Un

escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

—¿Qué ha sido lo de ahí dentro, Lucas? —pregunté algo molesta.

—¿El qué? —respondió mirando al frente sin dejar de caminar.

—¿Como que el qué? Joder, parecíais matones...

—Tu amigo, que va de chulo y se cree que eres de su propiedad —
dijo mirándome.

—No soy propiedad de nadie, Lucas —respondí seria.

—Pues eso díselo a él. Creo que le das demasiadas confianzas al tipo
ese.

Me paré en seco. Por ahí sí que no.

—¿Perdona? Lucas, no te equivoques. Yo le doy confianza a quien
me da la gana. Y si una noche quiero ir a su casa a acostarme con él, lo hago
y punto —dije enfadada.

—No me gusta ese tío —respondió.

—¡Pero si no le conoces! —me estaba empezando a cabrear de verdad.

—Solo hay que verle —respondió con desdén.

—Mira Lucas, ni me gustan las peleas de gallitos, ni me gusta que me
traten como al ganado. No soy propiedad de nadie, ni tuya, ni suya ni de
nadie. ¿Me entiendes? Ya está bien de poner etiquetas a la gente. Y sobre
todo ya está bien de cuestionar lo que hago o no hago.

Y comencé a caminar hacia delante, dejando a Lucas con la palabra en la boca detrás de mí.

—Marta —dijo empezando a caminar.

Pero yo proseguí.

—¡Marta! —gritó. Y dando un par de zancadas rápidas me alcanzó y me cogió de la mano para pararme—. Espera.

Me giré y le miré esperando que hablara.

—Vale, tienes razón, perdóname. —Miró hacia el cielo unos segundos como pensando que decir—. No sé qué me pasa, que me cuesta verte con él. Creo que me he puesto celoso, lo reconozco —cogió aire—. No puedo evitar sentir celos cuando veo a ese tío tan cerca de ti y sabiendo lo que sé.

Media sonrisa empezó a dibujarse en mi boca.

—¡No te rías! —sonrió él—. Me estoy disculpando y te aseguro que para mí no está siendo nada fácil reconocer que estoy celoso.

—Va contra tus principios machitos ¿no? —respondí irónica.

—Eres mala, ¿eh? —dijo acercándose a mí y abrazándome con fuerza por la cintura.

—No me gusta que penséis que soy de vuestra propiedad —dije seria.

—Lo siento —respondió del mismo modo.

Nos miramos y en ese momento que él me había pedido perdón, con esa mirada, me dio la sensación como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Me sentí segura con él, de repente confiaba en él. No sé qué botón había tocado en mí en ese mismo momento, que me hizo verle con otros ojos. Nos besamos con ternura y disfrutando de cada beso. Hasta que cogimos el taxi que nos llevó directo a casa.

Era más que evidente que según llegamos al portal, desatamos nuestra pasión hasta darlo todo sobre su cama. Desfogamos aquel deseo tan intenso que sentimos en la discoteca. Tras ver el amanecer desde su cama, me levanté a coger el bolso.

—¿Puedo fumar? —le pregunté.

—No debería dejarte, pero si te digo que no, te vas a ir al salón y no quiero que me dejes aquí solo...

Sonreí, cogí el tabaco y me encendí un cigarro ya medio tumbada en su cama.

—Háblame de ti —dije mirándole.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con media sonrisa.

— No lo sé... ¿dónde vives cuando no estás en España?

—De hotel en hotel. No tengo un domicilio fijo. Bueno, tengo alquilado un pequeño apartamento en Nueva York. Allí suelo exponer

bastante y trabajar mucho, así que un día me alquilé una pequeña casa. Es donde paso temporadas más largas. Y cuando vengo a España, aquí esta Tina para dejarme una habitación. ¿Conoces Nueva York? —me preguntó.

Negué con la cabeza mientras daba una calada al cigarro.

—Tienes que venir conmigo algún día. Te va a encantar —dijo poniendo su mano sobre mi muslo.

—¿Me estás invitando a viajar contigo, señor «no comparto la cama con ninguna mujer»? —bromeé.

—Ja, ja, ja, no lo sé..., puede ser ¿vendrías? —respondió sonriendo.

No tenía que pensarme la respuesta, la tenía clara desde el momento en el que empezó a formular la pregunta.

—Podría ser divertido —respondí.

Apagué el cigarro en el propio paquete, ya que era el último que quedaba. Y en cuanto me di la vuelta para mirar de nuevo a Lucas, él se tumbó sobre mí. Llevaba unos *bóxer* grises que le quitarían el hipo a cualquiera, y yo iba en ropa interior y una camiseta suya que había encontrado por ahí. Siempre queda muy sexy verse con la camiseta de tu chico, ¿verdad?

—¿Qué haces? —dije sonriendo.

—¿Tú qué crees? —dijo acercándose a mi cuello peligrosamente.

—¿No me vas a dejar dormir? Es domingo y tengo sueño... —dije haciéndome la remolona.

—¿Seguro que quieres que te deje dormir? —respondió sin separarse de mi cuello.

—Uf..., me lo estas poniendo muy difícil... —respondí con los ojos cerrados.

—De eso se trata...

Y de nuevo nos dejamos llevar, hasta que finalmente quedamos exhaustos y caímos dormidos. Me desperté como un par de horas después. Estábamos juntos y abrazados. Lucas dormía tranquilo, se le notaba sereno. Estaba guapo hasta durmiendo. Dudé si levantarme o no. ¿Le gustaría que me quedara en la cama con él o preferiría que me fuera? Me moví ligeramente para colocar bien las sábanas que, con tanto ajetreo, por llamarlo de alguna manera, habían quedado totalmente desordenadas. Pero él enseguida se movió.

—Quédate conmigo, cariño, no te vayas a tu cama —susurró medio dormido sin abrir los ojos.

Se me abrieron los ojos como platos. ¿Cariño? ¿Me había llamado cariño? La verdad es que estaba medio dormido, lo mismo estaba soñando y lo había dicho pensando en otra persona..., no sé... Pero no quiere que me

vaya de su cama... así que voy a hacer caso a mi corazón y me voy a quedar.

Me volví a tumbar y recibí un beso en la sien y un abrazo instintivo que hizo que me relajara y volviera a quedarme dormida de nuevo entre sus brazos.

Capítulo 12

Esa semana que comenzó fue muy especial. No podíamos estar separados. Yo contaba los minutos para volver a verle, abrazarle y besarle.

Pasamos unos días en la que nos dejamos llevar, sin pensar en el futuro. Sin preocuparnos en lo que podría pasar si algo iba mal. Tuve momentos de pánico, lo reconozco, pero por una vez en mi vida fui feliz con alguien. Lucas me trataba tan bien..., me respetaba, me cuidaba, me mimaba... Con esa sonrisa ladeada con la que me miraba me hacía ser la mujer más feliz del mundo, me costaba entender que alguien fuera más feliz que yo en ese momento.

Salimos a cenar un par de veces a dos restaurantes del centro. Comí *sushi* por primera vez y no sé si el *sushi* me gustó o no, pero al dármelo él con su mano y sentir la complicidad que sentí, me hizo amar sobremanera la comida oriental.

La noche que fuimos a cenar al otro restaurante, surgió una conversación que me pilló totalmente por sorpresa, no me lo habría imaginado nunca.

Me llevó a cenar a un italiano del que conocía a los dueños, antiguos amigos de instituto, y quería que conociera el restaurante que habían montado

hacía apenas un año.

Nos sentaron en una mesa apartada, el ambiente era muy tranquilo, me gustó hasta el aroma a vainilla que desprendía el local al entrar. Paredes ocre, luces tamizadas y una vela encendida en cada mesa.

Antes de sentarnos, me invitó a entrar en las cocinas para presentarme a sus amigos. Se movía por el restaurante con total confianza. Se notaba que ya había ido bastantes veces por allí. Cuando me iba a presentar, me quedé pensando en cómo lo haría ¿Como amiga? ¿Conocida? ¿Novia? ...No, novia no. Demasiado formal para el poco tiempo que llevábamos juntos. Aunque realmente ni nosotros habíamos definido cuál era nuestra relación. Lo estábamos pasando bien y ya está.

Cuando entramos en las cocinas, un par de chicos se acercaron a Lucas con una gran sonrisa en la boca, ambos llevaban delantales ocre con el nombre del local escrito y un gorro de cocinero.

Uno era bajito, con el pelo moreno bastante rapado y el otro era más alto, gordito y con gafas. Se fundieron en un gran abrazo, se saludaron con efusividad y llegó el momento de las presentaciones.

—Marco, Óscar, ella es Marta, mi chica —dijo poniendo su mano en mi espalda. ¡Ahhhhh! ¡Su chica! ¡¡¡Había dicho su chica!!! Creo que en ese momento las piernas me empezaron a temblar, ¡creí que me desmayaba! Mira que yo no era chica de compromisos, me gustaba vivir la vida y

disfrutar del momento, pero en esos días, había existido tal complicidad entre nosotros, que no me importaría conocerle más. Aun con el miedo a lanzarme sin paracaídas...

Salí de las cocinas como en una nube... iba como levitando... había dicho que era su chica... ¡uf, qué subidón!

Nos sentamos en la mesa y yo no podía evitar quitarme la sonrisa tonta de la boca. Nos colocamos uno frente al otro y nada más hacerlo, tendió su mano para coger la mía sobre la mesa.

—¿Qué te pasa que no dejas de sonreír? —dijo con su sonrisa inigualable.

—Nada —mentí.

—Claro, seguro —contestó ladeando su cara y jugueteando con mi mano.

— No sé..., que me ha sorprendido cómo me has presentado a tus amigos —dije vergonzosa.

—Como Marta, ¿no? ¡No me digas que te he llamado como la otra! —vaciló.

—Deja de vacilarme, ¿eh? —dije sonriendo.

Me miraba fijamente con esa sonrisa que me tenía desarmada, no me salían ni las palabras, notaba un calor en las mejillas que como siguiera

mirándome así, dejaría de hacerlo yo, por pura vergüenza. Me sentía súper cohibida. Y al final, bajé la mirada al suelo.

—Eh... mírame —dijo suavemente y levanté la cabeza despacio—. Eres mi chica, ¿no? —preguntó sereno.

—No lo sé, ¿lo soy? —dije desconcertada.

—Quiero que lo seas... —Unos segundos de silencio —. Marta, me gustas mucho y siento que contigo soy yo mismo. Me haces sentir bien, me gusta compartir mi tiempo contigo... Y creo que, por lo que veo, tú también estás bien conmigo.

—Lo estoy —respondí sincera, lanzándome a la piscina.

Se levantó despacio de la silla, rodeó la mesa y me cogió la cara con sus manos. Me miró con deseo y me besó. Cerré los ojos para recibir aquel beso con la mayor intensidad posible que respondí de la misma manera.

Después de ese gran momento, cenamos tranquilos, con una sonrisa tonta en la boca que no éramos capaces de evitar. «Me da a mí que me estoy enamorando», pensé. Y me entró un miedo atroz. Pero oye, que la vida son dos días. A disfrutar. A veces me sorprendía a mí misma la capacidad de cambiar de opinión que tenía, o me moría de miedo y no quería saber nada de nadie, o en décimas de segundo me lanzaba de cabeza y sin frenos.

Capítulo 13

Llegó el viernes, Lucas se levantó temprano porque tenía que cerrar algunos acuerdos de trabajo y firmar un contrato para ser columnista en una revista fotográfica de Nueva York. Todo le iba sobre ruedas. Me estuvo contando sus inicios, hacía ya unos cuantos años que se dedicaba a la fotografía y había tenido que llamar a muchas puertas, pero al final dio con la adecuada y su trabajo empezó a dar sus frutos.

Sin embargo, yo, aunque encontré algunas salas para exponer, cada vez que pasaba por delante de la Galería El Soho, me quedaba embobada mirando la fachada. Era un frontal de piedra pulida oscura, mezclada con madera. Un gran ventanal que dejaba ver parte del interior y el nombre de la galería escrito en letras grises sobre un sobrio fondo negro en la parte alta de la fachada.

Una vez les mandé un mail, pero no obtuve respuesta. La verdad es que no me había esmerado mucho en escribirles, porque tenía tanto miedo a la negativa, que prefería pensar que no exponía porque no conocían mis obras, más que porque a ellos no les gustara mi trabajo.

Había conseguido que algún blog se hiciera eco de mi trabajo, sé que tenía que ir paso a paso, pero solo la idea de pensar que algún día podría

exponer allí me ponía los vellos de punta. Era un sueño. Mi sueño. Además, tendría claro cómo se llamaría la exposición, «Recuerdos en vida», y así lo escribí en la portada de mi dossier.

Pasé el día pintando. Me atavié con una camiseta grande blanca, llena de restos de pintura, unos pantalones cortos que se escondían tras la camiseta y un pañuelo azul claro tapándome el pelo. Tenía enfrente un cuadro de grandes dimensiones que empecé a teñir en tonos rojos, naranjas y amarillos. Quería plasmar una puesta de sol, pero bastante indefinida. Estaba inspirada, los trazos se sucedían solos, me sentía incluso parte del cuadro en algunos momentos. Me alejaba y lo miraba, me acercaba y lo miraba. Un festival de colores cálidos plasmaba mi estado de ánimo.

—Precioso —escuché de fondo.

Salí de mi ensimismamiento y me giré en seguida. Lucas, apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, estaba increíble. Llevaba unos pantalones vaqueros azules desgastados con una camisa negra, las mangas remangadas y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Sonreí de oreja a oreja y me acerqué para darle un suave beso en los labios que correspondió con predisposición.

—¿Sí? ¿Te gusta? —pregunté emocionada mirando el cuadro.

—Me encanta, cariño.

—No te abrazo porque te mancho —dije mirándome la ropa.

—Pues quítatelo, es fácil —respondió guiñándome un ojo.

—Anda, apártate, que voy a darme una ducha y me voy a preparar, que tengo que cenar algo e irme a trabajar —respondí saliendo de la habitación mientras me quitaba el pañuelo y me dejaba el pelo suelto.

—Qué casualidad, yo también tengo que ducharme —respondió abrazándome por detrás y besándome el cuello.

—Es que no sé cómo lo haces, que por más que intento hacerme la dura no puedo... —dije haciéndome la enfadada.

Una carcajada espontánea salió de su boca.

—Es que me encantas —dijo mientras entrábamos los dos en el baño.

Nos duchamos juntos y al final hicimos de todo menos ducharnos, pero claro, supongo que el agua que corría por el cuerpo nos había lavado. Cuando salimos de la ducha, yo fui a vestirme y él preparó algo rápido para cenar, antes de tener que irme a trabajar a la discoteca.

Cuando llegué al salón, había puesto en la mesa baja un par de salvamanteles, dos platos con sándwiches de pavo, lechuga, tomate y mahonesa y el pan tostadito, algo para beber y una vela en medio encendida.

—Oh, qué detalle el de la vela... —dije cogiéndole la cara con mis manos y dándole un beso.

—Soy un tío con recursos —vaciló.

—Gracias por la cena, cariño —dije justo antes de darle el primer bocado.

—Por cierto, has hablado con mi hermana, ¿no? —preguntó sin darle importancia.

¡Claro que había hablado y le había contado que estaba con su hermano! Pero después, me dio no sé qué decírselo a él, por si le sentaba mal que se lo hubiera contado. Pero estaba segura de que Tina se había ido de la lengua y le había dicho a su hermano que yo ya la había puesto al día. Vamos, una pillada en toda regla.

—Sí... —dije mirándole de reojo.

A él le entro la risa, supongo que por ver mi cara.

—¿Y que les has dicho...? —preguntó mirándome con picardía.

—Creo que sabes de sobra lo que le he contado... —dije arqueando las cejas.

—¿Sí? ¿Tú crees?

Ya estaba otra vez con ese vacile que tanto me gustaba y tan nerviosa me ponía, aparte de darme mucho morbo cómo me miraba cuando intentaba bromear.

—¿Quieres dejar de quedarte conmigo? Sé de sobra que tu hermana te ha contado que yo le he dicho que tenemos algo —dije dándole un pequeño

golpe en la pierna.

—Tienes razón, lo sé. Pero no ha sido muy explícita, solo me ha dicho que te cuide. Quería sacarte más información a ti —sonrió—. Saber si le habías dicho que era el mejor tío en la cama que habías conocido nunca, el más guapo, el más simpático, el que la tenía más...

—¡Para! ¡Para!... —dije sin dejar de reír—. ¿Realmente crees que le he podido decir esas cosas a tu hermana?

—Hombre pues la verdad es que espero que no. No me apetece que sepa el tamaño de mi... bueno ya sabes...

Me lancé sobre él y le abracé con fuerza. Me encantaba, me hacía reír, disfrutar, soñar... Me hacía feliz.

—¿Quieres que te lleve al trabajo? —me preguntó mientras seguíamos abrazados.

—No te preocupes, voy en taxi —le respondí dándole un pequeño beso en la nariz.

—Precisamente porque me preocupo, quiero llevarte —dijo dándome un pico. —Bueno, como quieras, pero que de verdad no pasa nada.

—Pues venga, termina de arreglarte, que nos vamos —dijo dándome una palmadita en el trasero.

Mientras me maquillaba frente al espejo del baño, Lucas me esperaba en el salón viendo la televisión, con los pies sobre la mesa y cambiando

constantemente de canal.

—Ehh, Marta... —me llamó.

—Dime —respondí mientras me echaba la máscara de pestañas.

—Qué estaba pensando... bueno no sé... que digo... —escuché desde el pasillo.

—¿Quieres arrancar ya...? ¿qué te pasa? —respondí sonriendo frente al espejo y poniéndome *gloss* en los labios.

Se asomó a la puerta del baño y, mesándose el pelo, dijo:

—A ver cómo lo digo sin que suene mal...

Me giré y le miré levantando las cejas.

—Me estas asustando...

—No, tranquila, cariño, no es nada... —respondió —. Uf, qué difícil...

—Lucas, por favor, que me va a dar algo, habla ya...

—No me gusta que trabajes con Bruno —dijo muy serio mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué? —respondí sorprendida.

—Que no me gusta que trabajes con Bruno.

—Ya, lo he oído, pero... —me quedé

desconcertada.

—Se toma muchas confianzas contigo.

—A ver, a ver... es mi trabajo, Lucas, y lo necesito.

— Ya lo sé, pero después de lo que hay entre vosotros...

—Lo que hubo, Lucas, ya no hay nada. Desde el momento en el que tú y yo empezamos a tener algo, no me he planteado jamás tener nada más con él. Ni con él ni con nadie —dije acercándome a él.

—No soportaría imaginarte con él —confesó.

Me dejó de piedra, jamás me habría imaginado que en este poco tiempo que habíamos empezado a tener algo, se hubiera convertido en una relación tan seria, la verdad.

Nos miramos fijamente sin hablar. Él se acababa de abrir en canal para mí, me acababa de confesar que no quería compartirme con nadie, y no había nada en la vida que me gustara más escuchar que eso.

—Lucas, cariño, estate tranquilo, ¿vale? No te preocupes. Confía en mí —dije besándole con dulzura.

Puso sus manos en mi cintura y correspondió al beso con la misma suavidad que yo.

—Venga, vámonos, que me estoy poniendo de un pastelón... —dijo soltándome y saliendo del baño.

—Ja, ja, ja, ayyy, mi celosillo... —respondí dándole una palmadita en

el trasero.

Capítulo 14

Me llevó a trabajar y le dije que ni se molestara en aparcar. Que ya entraba yo sola. La calle estaba repleta de coches y tendría que aparcarlo bastante lejos, así que paró en doble fila y nos despedimos con un apasionado beso en el coche.

—Te vengo a buscar, ¿vale? —dijo tras separar nuestros labios.

—No, no... ¿cómo vas a venir a las cinco de la mañana? Que no, que cojo un taxi y fuera.

—Que no, que vengo —insistió.

—A ver, Lucas, llevo bastante tiempo yéndome a casa en taxi y nunca me ha pasado nada, así que, por favor, te quedas en casa y cuando llegue ya me encargaré de despertarte con muchos mimitos, ¿vale? —dije remolona besándole el cuello.

—Bueno, está bien, así es como no me vas a convencer. Como no pares de darme besos en el cuello te juro que te llevo a un callejón. ¿eh? —dijo con voz ronca.

—Vale, vale, entonces paro, que si no, llego tarde —respondí sonriendo.

—Llámame al móvil con lo que sea. Lo que sea —repitió.

—Que sííí.

Y salí del coche, lo rodeé hasta llegar a la puerta de la discoteca y Lucas esperó hasta que entré. Qué morbo me daba. Uf...

Cuando entré en la barra, Bruno aún no había llegado, así que dejé el móvil al lado de la caja registradora como siempre, y coloqué algunos vasos que estaban en el lavavajillas.

Cuando Bruno entró, me abrazó por detrás susurrándome al oído.

—Buenas noches, nena, ¿tienes planes para esta noche cuando salgamos de currar?

Creo que era un buen momento para explicarle lo que había entre Lucas y yo. Y sí lo hice. Al principio, no se lo tomó muy bien. Me dijo que no tenía nada que hacer con ese «pijo ejecutivo», palabras textuales, que a la primera de cambio me mandaría fuera de su vida. Le dije que no tenía que intentar hacerme daño solo porque le sentara mal que Lucas y yo hubiéramos empezado algo. Que no me parecía justo. Así que seguimos trabajando juntos esa noche, pero súper distantes y sin cruzar ni un gesto ni una mirada entre nosotros.

Recibí algún mensaje de Lucas, sé que para él era difícil imaginarme trabajando con alguien con quien había compartido cama tantas veces. Le contestaba cuando podía, porque la noche fue dura, la barra estuvo constantemente con gente y apenas paramos. Cuando nos pusimos a recoger,

Bruno seguía muy distante, y a mí en el fondo me dolía, creía que éramos amigos y teníamos una relación liberal en el sentido sexual, pero no sé por qué me daba que, para él, yo era algo más.

Cuando acabamos, se marchó sin despedirse y me quedé un poco decepcionada, la verdad. Así que llamé a un taxi y marché hacia casa.

Cuando llegué, hice lo de siempre, ir derechita a la ducha y así refrescarme, quitarme el maquillaje y el dolor de pies por los tacones. Lucas dormía relajado y no quise ir a su habitación hasta después de ducharme.

Me acerqué a su cama de puntillas, para no despertarle, y me subí encima de rodillas. Él me daba la espalda, así que me acerqué a besarle la mejilla, cuando sin querer, mi pelo mojado hizo contacto con su espalda y dio un respingo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurré.

Se giró despacio con los ojos entreabiertos y me dedicó una de sus sonrisas.

—Hola, cariño —dijo dándome un beso—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, mucho curro hoy —dije tumbándome a su lado mientras él me rodeaba con su brazo.

—Mmm... Qué bien hueles —contestó.

—Mejor sabré —bromeé.

—¿Me dejas que te coma? —preguntó aún con los ojos entre cerrados y voz somnolienta.

—Te dejo que me hagas lo que quieras —dije con una sonrisa.

Abrió los ojos en ese momento y con una sonrisa pícaro, se lanzó sobre mí, dando rienda a la pasión más primitiva. Me devoró igual que yo a él. Nos dejamos el alma entre las sábanas. Después de hacer el amor, a mí me entró mucho sueño y caí profundamente dormida. Supongo que él haría lo mismo, pero la verdad que no me dio tiempo a verlo.

Pero de repente, otra vez ese sueño, otra vez la misma pesadilla de siempre, coche, luces, fogonazo y de nuevo, todo oscuro. Empecé a llorar, a gritar en el sueño, me ahogaba, no podía respirar. Todo estaba oscuro, otra vez luces, ruido, parece que el sonido de una ambulancia, yo por más que grito la voz que no me sale, quiero llamarles ¡pero nadie me escucha! Lloro, corro, pero me estoy ahogando, no me llega el aire.

¡¿Por qué nadie me escucha?! ¡¿Por qué no veo a nadie?!

Me despierto con un leve zarandeo, abro los ojos y me encuentro con Lucas frente a mí, no puedo respirar, me ahogo, abro la boca para ver así me entra más aire. Me agarro por instinto a la plaquita que me regalo Tina, me prometió que me calmaría, pero no lo hace... Uf, creo que me voy a desmayar...

—Shhh, Marta, cariño, es una pesadilla nada más. Estoy aquí contigo

—dijo abrazándome con fuerza.

Me costaba recuperar el ritmo al respirar. Por más que lo intentaba no podía. Lucas me acercó un vaso de agua que agradecí. Lo tomé despacio y reconozco que me sentó bien. Después de beber, Lucas cogió el vaso, lo dejó en la mesilla y volvió a abrazarme con fuerza. Me acurruqué en su pecho, cerré los ojos, y por fin empecé a respirar cada vez más calmada.

—Cariño, ¿qué pasa? —me preguntó mirándome mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Yo le miraba y no me salían las palabras. Lloraba y lloraba sin poder parar. Era algo que me dolía tanto que no era capaz de hablar sobre ello. Solo habían pasado cinco años, solo cinco.

—¿Por qué no me lo cuentas? Así podré ayudarte, Marta. Déjame cuidarte —decía Lucas preocupado, cogiéndome la cara con sus dos manos.

¿Qué hacía? ¿Se lo contaba? Creo que era un buen momento para hacerlo. Pero antes necesitaba una tila. Así que se lo hice saber y rápidamente fue a la cocina y me la preparó, acercándomela a la cama. Aproveché ese momento para ir al baño y lavarme la cara, refrescarme y así relajarme un poco.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas tipo indio, sujetando la taza con las dos manos. Soplando, miraba cómo el líquido se mecía. Lucas se sentó frente a mí, poniendo su mano sobre mi pierna. Me bebí la tila

despacio, y no cruzamos palabra. Lucas esperó pacientemente a que terminara de bebérmela, mirándome con cara de preocupación. Cuando ya la terminé, dejé la taza sobre la mesilla y, volviendo a estar frente a Lucas, le cogí la mano que tenía sobre mi pierna.

Me miró expectante, esperando que comenzara mi relato. Y eso hice, cogí aire y comencé a hablar.

—Antes de nada, quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. —Tragué saliva—. Me cuesta mucho hablar de este tema porque hace solo cinco años que sucedió y se me hace un nudo en la garganta al recordarlo.

—Tranquila. Con calma... —dijo besándome el dorso de la mano.

—Hace cinco años, mis padres y yo fuimos invitados a una cena en casa de mis tíos para celebrar que mi tío por fin se jubilaba. Recuerdo que en esa cena hubo mucha gente, muchos familiares, amigos de empresa... digamos que fue una celebración a lo grande. Decidimos que mi padre llevaría su coche porque yo bebería alguna copa y él no solía beber, así que me vinieron a buscar a casa de una amiga y nos fuimos a la fiesta.

Lucas me miraba expectante y con el ceño fruncido. Poniendo toda su atención en mí y cogiéndome las dos manos.

—La cena se alargó, y entre unas cosas y otras, salimos de casa de mis tíos como a las dos de la madrugada. Yo me había bebido alguna copa y

según me monté en el coche, recosté la cabeza y cerré los ojos. No había mucho trayecto entre el domicilio de mis tíos y la casa de mis padres, en la cual yo seguía viviendo. El trayecto era por una carretera secundaria en muy buen estado, en la que no circularíamos más de quince kilómetros. Ya te digo que vivíamos relativamente cerca —aclaré—. Recuerdo que de fondo, sonaba una canción de Frank Sinatra, mi padre era fan absoluto de las canciones de ese hombre —medio sonreí al recordar—. Nos tenía a mi madre y a mí cansadas ya de escuchar siempre el mismo CD en el coche... No llevábamos ni cinco minutos en esa carretera secundaria cuando escuché gritar a mi madre, y cuando abrí los ojos asustada, solo vi luces de frente y en décimas de segundo, silencio y todo oscuro —cerré los ojos y respiré para intentar no llorar—. Lo siguiente que recuerdo es estar boca abajo en el coche, porque este volcó, y dar patadas a las ventanillas para poder salir. No podía respirar bien. El pecho me oprimía. Llamé a mis padres y mi padre respondió con un hilo de voz «tu madre, ayuda a tu madre». Me acerqué como pude a la parte de delante del coche y vi a mi madre sin conocimiento y sangrando por la sien. Noté que todo me empezaba a dar vueltas y me desmayé.

No pude contener más las lágrimas y comencé a llorar poniendo mis manos cubriendo mi cara. Lucas me abrazó con fuerza y me acarició el pelo con dulzura.

—Cariño, no sigas si no quieres... No te preocupes.

Pero me separé con decisión de él y le dije que quería seguir, que necesitaba que él lo supiera. Así que proseguí.

— Lo siguiente que recuerdo son ruidos de ambulancia y luces a nuestro alrededor. Seguía como ida, todo parecía un mal sueño. Estaba desorientada y de repente noté cómo varias manos me sacaban del coche y me llevaban en camilla. Yo solo gritaba ¡mi madre! ¡Sacad a mi madre! Pero nadie me hacía caso. Me intentaba incorporar de la camilla y no me dejaban. Creo que intenté levantarme varias veces, no lo recuerdo bien. Las luces me cegaban y no conseguía ver a mis padres. Grité ¡papa! varias veces, pero tampoco me oían. Preguntaba a los médicos por mis padres y solo me decían «tranquila, tienes que estar tranquila». Me metieron en la ambulancia camino del hospital, aunque intenté con todas mis fuerzas que me dejaran salir para ver a mis padres. Mis padres murieron. Esa fue la última vez que los vi. Mi padre luchando por mi madre, ¡la impotencia de no poder hacer nada! — Elevé el tono con rabia—. ¡Nadie me dejó ayudarles! ¡Nadie! —Empezaron a brotar lágrimas de rabia y mi voz cada vez era más alta—. ¡Esa ambulancia donde yo fui era para mi madre! ¡No para mí! Lucas ¡yo tendría que haberme bajado de esa ambulancia! —La respiración empezó a descompasarse—. ¡No pude ayudarles! ¡No pude! ¡Si no me hubiera desmayado, podría haberles ayudado! —entré en una crisis de ansiedad.

—Eh, Marta, Marta —dijo Lucas cogiéndome por los hombros—. Ya está, no puedes hacer nada, ya ha pasado, y ¡en ese momento hiciste todo lo que pudiste!

—¡No! ¡No lo hice! Mi padre me dijo que ayudara a mi madre y ¡no lo hice! ¡No lo hice! —grité.

—Marta, ¡te desmayaste! ¡No fue culpa tuya! —dijo sin soltarme los hombros.

—¡Sí lo fue! No les ayudé, no les ayudé... —Y me desmoroné llorando con hipo.

Caí prácticamente desplomada sobre la cama.

Lucas rápidamente se acercó y me cogió. Me apoyó sobre su pecho y me abrazó.

—No te culpes, cariño. No te culpes... Déjame cuidarte.

Capítulo 15

Esa conversación marcó un antes y un después en nuestra relación. Se afianzaron los lazos de una manera tremenda. Conocía mi secreto, hasta le conté lo que significaban las iniciales del colgante que me había regalado su hermana. Yo llevaba teniendo esas pesadillas durante cinco años todas las semanas, y el contárselo a él y saber que, si volvía a pasarme, entendería lo que ocurría y podría ayudarme, hacía que estuviera más tranquila.

Durante la semana siguiente hablamos mucho del tema, el hablar sobre él me hacía verlo de otra manera, aunque el dolor que me provocaba era innegable e inevitable.

Pero escuchar de otra persona su opinión, y escucharme a mí misma contarle en alto, me hacía cambiar la perspectiva. Lucas me sugirió que buscara la ayuda de un profesional, estaba claro que ese tema lo tenía enquistado y no podía vivir siempre con esa culpa. Al principio me negué, no quería contarle a nadie mi vida y menos algo tan doloroso para mí, pero después, pensándolo fríamente y tras mucho hablar con Lucas, acepté, al menos, que me lo pensaría.

Pasamos una semana tan cercanos, que nos costaba hasta despedirnos para que él fuera a trabajar o yo a buscar galerías o a trabajar en casa

pintando más cuadros para ampliar mi oferta a las mismas.

Estábamos totalmente enganchados, pero en plan ya exagerado. Solo nos faltaba música de violines acompañándonos por donde pasábamos. Pero yo estaba tan feliz que me daba igual lo empalagosos que estuviéramos. Nos besábamos por todas las esquinas de la casa. Veíamos pelis juntos comiendo palomitas y bebiendo cerveza. Nos hacíamos cosquillas hasta quedar extasiados. Estaba tan feliz que escupiría confeti en cualquier momento.

Una mañana, mientras desayunábamos, le sonó el teléfono y tras hablar unos diez minutos desde el salón para que el sonido del lavavajillas no le molestara, colgó y entró en la cocina un poco más serio.

—¿Qué pasa? ¿Quién era? —pregunté preocupada dejando la taza del café sobre la mesa.

—Nada, que tengo una reunión esta noche con unos ejecutivos, y va a ser un poco coñazo... Cenamos en un restaurante del centro —respondió sentándose.

—Ah..., bueno, ya verás cómo no es para tanto... —dije para intentar quitarle importancia al asunto.

—Aunque estoy pensando... que podrías acompañarme.

—¿Yo? —Me atraganté con el café—. ¿Y yo que pinto allí?

—Pues estar conmigo y hacerme la cena más amena... lo mismo hasta

podemos escaparnos al baño tú y yo y..., ya sabes... —me guiñó un ojo.

—¡Pero serás guarro! —dije tirándole la servilleta a la cara.

—Ven —me susurró—, siéntate aquí —dijo señalando sus piernas.

Me levanté y, con media sonrisa, me acerqué hasta él, sentándome en sus rodillas.

—A ver..., dime... —dije haciéndome la remolona.

—Anda, cariño..., acompáñame... —dijo besándome el hombro y avanzado cuidadosamente hasta mi cuello.

—Tienes una curiosa manera de convencerme ¿no? —Le sonreí.

—Puedo ser muy convincente, ya lo sabes.

Evidentemente, al final me convenció.

Lucas me dijo que era una cena formal y que él iría con traje oscuro y camisa blanca, pero sin corbata. Yo, por mi parte, elegí un vestido negro recto, con falda de tubo por las rodillas, escote de barco y manga tres cuartos. Lo acompañé con unos zapatos del mismo color con tacones altos y un bolso pequeño. Como no hacía frío, no me puse nada más encima. Dudé qué hacer con el pelo, pensé en recogermelo en un moño, pero me parecía demasiado serio, así que, ya que iba toda de negro, le daría un toque informal con el pelo suelto. Me lo alisé con la raya en el medio, ondulándome un poco las puntas.

Como todavía era pronto, salí hacia el salón a por mi bolso para coger

el tabaco y allí estaba Lucas, sentado en el sillón mirando el teléfono. Cuando escuchó el ruido de los tacones, levantó la mirada hacia mí.

—Guauuu..., ¿Dónde va usted tan sola, señorita...? —vaciló mientras se levantaba.

—Qué tonto eres —dije agarrándole por la nuca y besándole en los labios.

—Marta..., sé que no es el momento, o si, no lo sé —dijo serio sin soltarme la cintura.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté extrañada.

—Mi hermana vuelve en pocas semanas...

—¿Y...?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó serio.

—¿Cómo que qué vamos a hacer?

—Yo no me voy a quedar en este piso eternamente... —dejó caer.

Tragué saliva, no sabía muy bien por dónde quería salir...

—Cuando mi hermana vuelva, no va a ser lo mismo... no voy a poder cogerte y besarte con libertad, ni hacerte el amor en silencio ni ir por aquí en calzoncillos. — Sonreí.

—¿Y tú qué quieres, Lucas? —pregunté con miedo a la respuesta.

Miró hacia arriba y suspiró.

—Yo te quiero a ti. Te quiero —dijo con voz ronca.

Era la primera vez que me decía «te quiero», eran muy pocas semanas las que llevábamos juntos y esas palabras no habían salido aún ni de mi boca ni de la suya. Los dos éramos bastante reacios a pronunciarlas. Alguna vez había surgido el tema sobre qué era lo que sentíamos el uno por el otro. Pero los dos coincidíamos en que decir «te quiero» eran palabras mayores que no debían tomarse a la ligera. Por eso, escucharle decirme esas dos palabras que los dos valorábamos tanto, me hizo temblar, de ilusión, de miedo, de alegría... de todo.

—Yo también te quiero, Lucas —respondí.

Escucharme decirlo me impactó. Y a él le cambio la cara, de estar serio y tenso a emerger una gran sonrisa que disipó todos mis miedos... Nos dimos un beso de película, que nos evadió de la realidad, llegando a pararse el tiempo. Un abrazo culminó con aquel mágico momento que jamás olvidaría en mi vida.

Me arreglé y marchamos en coche al restaurante donde habían citado a Lucas. El local estaba en una calle paralela al Paseo de la Castellana. Por el camino mantuvimos miradas súper cómplices y su mano fue casi todo el camino apoyada en mi muslo. Me miraba de reojo y sonreía de una manera que cada vez que lo hacía, me desarmaba. Decirnos «te quiero» había hecho que la relación hubiera dado un paso de gigante, que, sinceramente, no sabía

había dónde iba.

Paramos el coche en la puerta del restaurante al ver que tenía aparcacoches, así que le dejamos las llaves y Lucas me abrió la puerta gentilmente y haciéndome sentir más especial aún de lo que ya me había hecho sentir antes. Iba como en una nube.

Entramos en el restaurante, muy elegantemente decorado, con las paredes en ladrillo visto pintado de blanco y pequeñas plantas colgadas. La recepcionista, nos acompañó hasta la mesa donde ya nos esperaban dos chicos, de unos cuarenta años, también vestidos de traje. Ambos se levantaron al vernos llegar y saludaron a Lucas con una sonrisa, un apretón de manos y una palmadita en la espalda, y a mí me presentó como su novia. Por lo visto, nuestros acompañantes también eran pareja.

Se llamaban Izan y Pedro, y según me había contado Lucas, eran dos empresarios muy importantes en Madrid, que estaban abriendo campo en Nueva York y querían que Lucas participara con ellos en una exposición de fotografía.

Exposición que abriría las puertas a su nueva galería.

Empezamos a cenar con un ambiente distendido, la verdad es que eran muy amables y cercanos. Lucas les comentó que yo pintaba y me preguntaron un poco por mi carrera como pintora. Les expliqué dónde había hecho pequeñas exposiciones, que había participado en alguna revista y les

mostré alguna que otra foto del móvil con algunas de mis obras. «Ojalá algún día piensen en mí como piensan en Lucas para trabajar», pensé.

Para cenar, pedimos para compartir unos langostinos rellenos de coco y curri, unos rollitos de pato y una ensalada de palmito y mango y, para mí, pez limón con almejas. En mi vida había comido cosas como estas, para empezar, porque solo por el nombre que tenía el plato, no tenía ni idea de lo que me traerían.

Después de cenar entre risas, bromas y negocios, pedimos los postres. Yo estaba a reventar, pero todos lo pidieron, así que por no quedar mal, hice lo mismo. Pedí un bocado de arroz con leche y así salir del paso.

Lucas estuvo toda la noche súper pendiente de mí, dándome de vez en cuando un beso en la mejilla, cogiéndome la mano, poniéndomela en la pierna. Se le veía espléndido aquella noche. Estaba especialmente contento. Yo le miraba embelesada, le quería muchísimo.

Nada más traernos el postre, Lucas se dirigió al camarero.

—¿Le importaría traernos una botella de champan también, por favor? Tenemos algo que celebrar.

El camarero asintió y se alejó. Yo miré a Lucas con una arrebatada sonrisa, claro que había algo que celebrar, que su colección de fotografía abriría una nueva galería en Nueva York con unos señores que por lo poco que había conocido en la cena, tenían muy buenos proyectos y mucha

experiencia.

Cuando el camarero trajo el champán, lo sirvió en las copas con sumo cuidado, abandonando la mesa nada más terminar de hacerlo.

Lucas cogió la copa en alto para hacer un brindis y dijo:

— Lo primero, agradecer a Izan y Pedro el gran proyecto que me han ofrecido, para mí es un honor inaugurar una sala que lleve vuestro sello. También, agradecerle a Marta el haberme acompañado hoy a esta cena. Pero tengo que decirte que no he sido sincero del todo contigo.

Capítulo 16

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal de arriba abajo.

Pedro e Izan llevaban una carpeta negra tamaño folio de la que sacaron un sobre del mismo color. Pedro, con media sonrisa, me lo tendió. Yo miraba a Lucas sin saber qué hacer, estaba totalmente descolocada. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Qué me había perdido?

Lucas asintió con la cabeza, como diciendo «cógelo».

Con la mano temblorosa, me acerqué al sobre y lo cogí. Todos me miraban expectantes, y yo cada vez temblaba más. Les miraba con una sonrisa nerviosa, difícil de controlar. Así que después de coger el sobre, lo empecé a abrir despacio. Por fuera no ponía nada, ni mi nombre ni nada. Solo era negro.

Lo abrí temblorosa, dentro había una tarjeta con un párrafo que, una vez la saqué, comencé a leer en bajo, aunque con el suficiente tono como para que se me escuchara.

«Es para nosotros un honor invitarla a la próxima exposición de Marta Cobo, titulada “Recuerdos en vida”, que se celebrará en el mes de septiembre, en la Galería de Arte El Soho, de Madrid.

Firmado, Pedro León e Izan Gallego, directores de la Galería de Arte El

Soho».

Al lado del texto, una foto, la foto del cuadro que pintó mi madre y me regaló. El único recuerdo físico que me quedaba de ella y que me acompañaba donde yo viviera. Ese cuadro presidía la invitación.

Por inercia, me eché las manos a la boca y los ojos se me abrieron como platos. Miré a Pedro e Izan, que sonreían, después a Lucas con sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes.

—Ellos son los dueños de la galería en la que soñabas exponer —dijo cogiéndome la mano.

No pude evitar que alguna lágrima resbalara por mi rostro, de la sorpresa e ilusión de tan tremenda noticia. Tragué saliva y, separando mis manos de mi boca, dije con un hilo de voz:

—Pero ¿Cómo, cuándo?

—Shh..., tranquila, que te lo explico —dijo Lucas acercando su silla a la mía—. Tú ya sabías que yo había expuesto con ellos —asentí—. Pues les contacté y, casualmente, habían pensado en mí para abrir su nueva galería. Bueno, les hablé un poco de ti, me tomé la licencia de mostrarles algunos de tus cuadros por foto, les mandé por *mail* algunos trabajos tuyos en otras exposiciones... y me dijeron que estarían encantados de que expusieras con ellos. Era tu sueño, cariño, y yo no me iba a quedar con los brazos cruzados, tenía que intentarlo y lo hice. Y aquí está. Por fin tu sueño se cumplirá. Este

es uno de los modelos de invitación que se enviará a la prensa y demás personajes para que acudan a tu exposición. Tu exposición en la Galería El Soho de Madrid.

Le miraba y no podía creerlo, no podía dejar de mirarle, de coger sus manos con fuerza. En mi mundo ahora mismo no existíamos más que él y yo, todo lo demás era irreal. ¡Iba a exponer en la sala con la que llevaba años soñando! Y todo gracias a él. Gracias al amor de mi vida. Al chico que había entrado en casa sin avisar y se había colado en mi corazón también sin permiso.

Me lancé a él a abrazarle, y lo hice con todas mis fuerzas. Ahí sí que me derrumbé de los nervios y la emoción y lloré como si no hubiera llorado nunca. Él me acariciaba el pelo y me decía que estuviera tranquila, que esto era una buena noticia.

—Jamás pensé que ver a alguien tan feliz, me haría tan feliz a mí — susurró en mi oído—. Te quiero cariño. Déjame cuidarte.

Epílogo

Tres meses después.

Habíamos entrado ya en el mes de septiembre, un mes climáticamente más agradecido, aunque los días iban siendo más cortos y con menos luz del sol. Esa luz era característica de ese mes, era una iluminación más moderada, más acogedora y no tan agresiva como la que tenemos en verano.

La gente en septiembre vuelve de sus vacaciones, empieza a desentumecerse de las tardes de siesta y sofá. Pero yo no había cogido vacaciones, al contrario, me había volcado totalmente en la exposición de mi trabajo y que esa misma noche presentaría.

Me había esforzado sobremanera para que nada pudiera salir mal, aunque los imprevistos estaban ahí y contra eso no podría hacer nada. Lucas me había ayudado en todo, se lo había tomado casi como si la exposición fuera suya, pero respetando todo lo que yo quería y dejándome mi espacio.

Estaba de los nervios, la muestra se había ido promocionando en algunos medios de comunicación gracias a la gestión previa por parte de la galería y yo me moría de vergüenza cada vez que veía algo de esa organización, o tenía que acudir a la radio a alguna entrevista.

A las ocho de la tarde de ese viernes, se abrían las puertas de la galería El Soho para presentar mis cuadros y ponerlos a la venta. Había decidido que el cuadro que pintó mi madre presidiría la exposición, pero con un pequeño cartel debajo que pusiera «No a la venta», esta vez no cometería el mismo error de la otra vez.

Quería que mis padres estuvieran presentes de alguna forma en la realización de uno de mis sueños. Y creí que esa sería una buena manera.

Estaba en el baño preparándome y Lucas abrió la puerta de casa.

—¿Hola? —escuché.

—Hola, cariño, estoy en el baño maquillándome —respondí.

Se acercó al baño, asomó solo la cabeza y sonrió.

—Estás preciosa, mi vida.

—Y atacada —respondí mordiéndome un poco el labio inferior mientras terminaba de pintarme los labios de rojo.

—¿Puedes venir un momento al salón?

—Sí, claro.

Salí detrás de él, se giró y me dijo:

—Cierra los ojos.

—Venga ya... —dije con una pequeña carcajada—. ¿En serio?

—¡Claro que va en serio, pequeña! —respondió riéndose también.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Me dio un suave beso en los labios que me hizo dar un pequeño respingo.

—Solo quería comprobar que no veías nada.

Me dio la mano y me dijo que me detuviera allí. Suponía que ya estaba en el salón.

—Espera, a la de tres abres los ojos. Una, dos... y tres.

Los abrí nerviosa, y cuando lo hice me encontré de frente con Tina, ¡mi amiga Tina había venido de Londres a ver mi exposición! Me puse las manos en la boca, los ojos se me abrieron a más no poder y corrí hacia ella a abrazarla con fuerza.

—¡Tina! Pero... ¿Qué haces aquí? —dije entre lágrimas.

—¿Crees que me iba a perder semejante acontecimiento? —respondió con la misma intensidad en el abrazo.

—Yo no quería contarte mucho sobre la exposición, porque sabía que estabas liada y te sería difícil venir..., no quería ponerte en un compromiso. Lo entiendes ¿verdad? —dije mirándola a los ojos.

—Pues dale las gracias a este chico, que me ha tenido siempre al tanto de todo y acaba de venir a buscarme al aeropuerto... —dijo señalando a su hermano.

Le miré y me derretí. De nuevo me puse a llorar... las dos personas más importantes de mi vida en ese momento estaban conmigo, apoyándome y

acompañándome, y eso no se podría pagar con dinero en la vida.

Fui a abrazarle también con todas mis fuerzas y a darle un beso con los labios y con el alma. Me recibió abriendo sus brazos y me sentí plena.

—Ehh, que estoy delanteeee —bromeó Tina.

Nos separamos y Lucas me abrazó por detrás, quedándonos frente a su hermana.

— He quedado con papá y mamá allí en un rato, así que voy a cogerme un taxi ya mismito y allí os veo —dijo Tina dirigiéndose a su hermano.

Mi cara cambió.

—¿Tus padres? ¿Vuestros padres? —dije nerviosa mirándoles a los dos.

—Claro. Marta —respondió Tina—. Tú y yo nos conocemos de siempre, les comenté que venía para esto y se animaron a venir conmigo.

— Pero... —dije mirando a Lucas.

—Shh, tranquila, que no será una presentación oficial si tú no quieres. Tómatelo como dos personas más que vienen a conocer tu trabajo.

—Ya... pero no lo son... —respondí de los nervios.

—Venga, anda, ven —dijo Tina—. Dame un abrazo y relájate. Disfruta de tu día solo como tú quieras disfrutarlo.

La abracé con tanta fuerza que me dio hasta miedo de mi misma. Estaba muy nerviosa. Mi sueño se cumpliría esa misma noche y solo deseaba con todas mis fuerzas que saliera bien.

Tina se fue y Lucas y yo volvimos a estar solos. Según cerró la puerta de casa tras despedir a Tina, él se acercó a mí con paso lento mientras yo le esperaba quieta.

—Estate tranquila, mi vida. Todo va a ir bien. Confía en mí —me dijo.

—Gracias, Lucas. Gracias por todo, por ayudarme, por mimarme, por entenderme... por cuidarme.

—Gracias a ti por hacerme ver que el amor existe, que se puede llegar a amar a alguien con toda el alma. Y por descubrirme lo bueno que es compartir cama con una mujer —dijo guiñándome un ojo.

Nos abrazamos y nos quedamos un rato así. Estábamos tan unidos que nos convertimos en uno sólo. Apoyé mi cabeza en su pecho y él apoyó la suya en mi frente, besándome en el pelo.

Cuando ya estábamos preparados, nos fuimos a la galería, teníamos que estar allí un ratito antes para ultimar detalles y encontrarnos con Izan y Pedro, los dueños de la sala. Una vez llegamos allí, no me lo podía creer. Estaba todo listo, mis cuadros decorando las paredes, los camareros preparados para servir pequeños aperitivos y bebidas a los invitados. En la puerta, un señor con una lista de invitados, esperando a que fueran

llegando... y yo, muerta de miedo.

A las ocho en punto se abrieron las puertas y me situé cerca para recibir a la gente. De fondo, sonaba la canción de Bruno Mars *Just the way you are*, y en la primera columna, nada más entrar, el cuadro de mi madre llenaba la estancia con su color y su significado. No podía pedir más...

Al fondo de la sala, los dueños y Lucas, que querían cederme a mi todo el protagonismo. «Es tu noche», me decían. Yo de fondo miraba a Lucas y él me sonreía con los ojos vidriosos. Yo no sabía ni cómo me tenía en pie con tantas emociones juntas.

La gente empezó a llenar la sala y venían a darme la enhorabuena por mi trabajo. Yo estaba como en una nube, tanta gente viendo mi trabajo, el sueño de mi vida hecho realidad.

Lucas se acercaba de vez en cuando para darme un beso en la mejilla, susurrándome un «lo estás haciendo estupendamente», «disfrútalo», que me hacían coger fuerza y sentirme un poquito más segura.

Tina se acercó a mí por detrás, dándome un pequeño pellizco en la cintura que hizo que me girara de un respingo. Sonreí al verla y la abracé con fuerza. Para mí era tan importante que estuviera aquí, acompañándome en este día...

—Mira, Marta, quiero presentarte a mis padres —dijo dirigiendo su mirada hacia ellos—. Son Luisa y Carmelo.

Me acerqué tímidamente y les di dos besos a cada uno. Ellos hicieron lo mismo conmigo.

—Un placer conocerles —dije sonriente.

No tenía ni idea de si sabían que me veía con su hijo, y esa incertidumbre me ponía más nerviosa aún...

—Igualmente —respondieron—. Unos cuadros bellísimos —dijo la madre.

—Muchas gracias, señora —respondí.

—Venga, ve con tus invitados, no queremos entretenerte —me animó Tina, a sabiendas de que estaba un poco cortada.

—Sí, si me disculpan —dije educadamente.

La noche prosiguió y en un momento que estaba hablando con unos críticos de arte, Lucas por detrás me susurró «ya veo que has conocido a tus suegros...», y prosiguió su camino con una sonrisa canalla. Yo no podía ni girarme ni responderle porque estaba con los críticos, pero me entró un cosquilleo por el cuerpo al notarle en mi nuca...

A las diez y media se cerrarían las puertas de la exposición y, ya con Pedro e Izan, haríamos una valoración. La sala se había llenado, mucha gente, muchos medios de comunicación, muchos nervios... Pero mi sueño se estaba cumpliendo tal y como yo lo había soñado. Lo único que me faltaba

para que fuera perfecto eran mis padres. Habrían disfrutado mucho viendo mi sueño hecho realidad... pero por desgracia, la vida me los había arrebatado demasiado pronto. Por eso, el cuadro de mi madre estaba ahí haciéndoles un gran homenaje, esa noche no estaba sola, estaba segura que estaban conmigo.

Finalmente, las puertas de la galería se cerraron. Cogí aire y suspiré tras la salida de la última persona. Lucas me abrazó por detrás y me besó en la mejilla.

—¿Cómo estás? —susurró.

—En una nube —respondí.

Y me giré para fundirnos en un abrazo que se quedaría grabado en mi mente de por vida.

Se nos acercaron Pedro e Izan para comunicarme que se habían vendido casi todos los cuadros. Yo no me lo podía creer. También nos dijeron que varias personas habían preguntado por el cuadro de mi madre, aunque pusiera que no estaba en venta. Yo ya estaba feliz, por eso, por las ventas, por la oportunidad que me habían brindado y por la compañía de Lucas. No podía ser más feliz.

Nos despedimos de nuestros ya amigos en la puerta de la galería, donde mis cuadros dormirían esa noche. Mis padres los cuidarían, estaba segura.

Cuando iba a empezar a caminar, Lucas me cogió de la mano

impidiéndome proseguir. Me giré y ahí estaba, quieto, con gesto serio y mirándome fijamente.

—¿Qué pasa, cariño, no nos vamos? —dije.

—Ven, mi vida —dijo tirando suavemente de mi mano hacia él.

Nos dimos un abrazo y, sin soltarnos, se puso frente a mí y continuó hablando.

—Marta, lo primero, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Que verte tan feliz me hace feliz a mí. Eres una gran artista y esta noche lo has demostrado.

—Gracias, cariño —dije algo ruborizada.

—Sabes que mi hermana vuelve dentro de dos semanas... y bueno..., en un mes se abre la galería de Nueva York y en poco más de una semana tendré que viajar allí y me tendré que quedar una temporada.

—Lo sé —dije bajando la mirada.

En ese momento, me levantó la cara poniendo su dedo índice en la barbilla y me besó con suavidad. Se separó de mí y sacando algo de su bolsillo, hincó una rodilla en el suelo, tendiéndome una pequeña cajita azul de terciopelo.

—Marta —dijo—, sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo. Pero para mí ha sido suficiente como para saber que quiero seguir

conociéndote y queriéndote cada día más. Vente conmigo a Nueva York.

Y me dio la caja. Yo me quede blanca, ¿qué era todo esto? Cogí la pequeña caja y la abrí. Dentro había un anillo de oro blanco muy sencillo, pero espectacular. Se puso en pie, lo sacó y me pidió mi mano con una mirada. Se la tendí temblando y él, con suma delicadeza, me lo puso.

—Con este anillo —carraspeó—, quiero hacerte ver que voy en serio. Que te quiero y que no me imagino la vida sin ti. Sin tu sonrisa, tus gestos, tus abrazos... tu presencia. Y qué mejor manera de decírtelo, que delante de tu sueño y frente al cuadro de tu madre.

Una lágrima empezó a resbalar por mis ojos.

—Eh... cariño —dijo—. No llores, mi amor...

—Es que..., no me lo puedo creer. Soy tan feliz ahora mismo que no puedo evitar llorar de emoción —dije desconcertada.

—Entonces... ¿te vienes conmigo a Nueva York? —preguntó expectante.

Le miré, sonreí y asentí con la cabeza. Él inmediatamente me levantó en brazos cogiéndome por la cintura y giró un par de veces sobre él mismo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repetía en mi oído.

Y así fue como el día en que mi sueño se cumplió, se cumplieron muchos más. Jamás olvidaría el día en que toda mi vida estuvo presente en

una sala. Ahora tocaba seguir disfrutando y aprovechando lo que la vida me estaba brindando.

FIN.

Agradecimientos

Lo primero de todo, quiero agradecer a todo el equipo de la Asociación de Escritores de Romántica por darme la oportunidad de reeditar esta historia que escribí hace un tiempo.

También, agradecer a todos y todas los que me seguís y apoyáis a diario en esta loca faceta que es la de ser escritora.

Gracias por haber querido conocer la historia de Marta y Lucas, ellos también os lo agradecen de corazón.

Quiero hacer, si me permitís un agradecimiento personal a Dublineta Eire y Rossalyn Callum por lo que ellas saben y por estar ahí SIEMPRE que las he necesitado y cuando no, también.

Nos vemos en la próxima historia... ¡Un besazo!